Relatos de una mujer borracha

Martina Cañas

Índice

Portada
1. Infancia
Cabra chica mal portá (parte i)
Cabra chica mal portá (parte ii)
Adolescente peor portá
2. Romances
La tecla pegá
2 x 1. caras vemos, cocos no sabemos
Jisus craist
Bob y marley
Uyuuuuuuui. martina en la pradera
Chubaca
Doña hortensia leontina
Suspiro limeño
Yo recomiendo chile
3. La maría
La maría y la bestia
La maría, pepito grillo. reconstitución de escena
4. Familia
Alexis
Génesis
Alicia
5. Los acontecimientos acontecidos accidentados
Vieja descriteriá
Los cochinos
Greenpeace
La come mocos. el reencuentro
Federico
Suricata voladora
Fiesta de disfraces
Relatos de una mujer borracha
Anexo 1
Anexo 2
Decálogo
Notas
Créditos

1
INFANCIA

Cabra chica mal portá (parte I)

Colegiala, colegiala, colegiala, linda colegiala…

—Señora, vamos a necesitar que lleve a su hija…, a la Martinita…, al neurólogo… Usted sabe que nosotros tenemos mucha paciencia… Pero esta vez llevó las cosas demasiado lejos… Martina, ¿le cuentas tú o le contamos nosotros?

Si pudiera volver atrás, le hubiese dicho algo así como:

—Mamá, yo sé que me vas a entender… Estaba de la mano con el Vicente Correa Poblete del segundo C, y llegó la Catalina González González del tercero B, nos separó, me dijo fea y se lo llevó. Por eso la agarré del jumper, la arrastré por el patio y le pegué tres patadas. No fueron muchas como dijo ella, fueron tres nomás; tampoco fueron fuertes, fueron semisuaves. Se merecía eso y mucho más. Zorra.

Pero sentí miedo y preferí callar.

—Martina va a quedar condicional porque agredió a una compañera dos años mayor que ella, y estamos evaluando si la suspendemos.

—¿Verdad, Martina? —interrumpió mi mamá.

Yo, cabeza gacha, preferí callar: cualquier argumento podría haber sido utilizado en mi contra.

—La va a tener que llevar al neurólogo para que la evalúen —dictaminó la profesora jefa.

Abre paréntesis. En esos años llevar al neurólogo a una niña era terrible, tan terrible como tener que tomar piscolita sin hielo, no como ahora, que a los cabros chicos los llevan porque sí, porque no, por si acaso, por deporte, porque eres tú mi sol, la fe con que vivo, la potencia de mi voz, los pies con que camino. Cierre paréntesis.

Me llevaron entonces al neurólogo, quien me derivó a una psicóloga. Jugué un rato con la psicóloga, hice un par de dibujos, me pidió que armara unos cubos y que dijera qué tan bonitas me parecían unas láminas que me mostró. Y así, después de dos o tres sesiones, sugirió tratamiento psicológico para aprender a controlar mis impulsos, regular mis emociones, trabajar en mis creencias irracionales, fortalecer mi autoestima, desarrollar habilidades de resolución de conflictos y trabajar en habilidades sociales. En resumen, estaba entera pitiá, estaba más loca que evangélica en tienda de panderos. Además, recomendó incorporar a mi familia en el tratamiento. Pero mi mamá, ni tonta ni perezosa, para evitar los gastos que se le venían, opinó que no era necesario, porque todo se cura con amor, y amor, según ella, nunca me faltó.

No seguí entonces ningún tipo de tratamiento, pero, para que me aceptaran de vuelta en clases, tuve que enmendar mi error y ofrecer mis disculpas públicas a la Catalina González González frente a todo el colegio, un día lunes después de cantar el himno nacional.

—Estoy aquí adelante, porque el día 5 de abril le pegué a la Catalina González González del tercero B y quiero pedirle disculpas porque lo que hice estuvo muy, muy mal. Disculpa, Cata, nunca más, espero me puedas perdonar —dije.

Pero me hubiese gustado continuar:

—También les quiero decir que se lo merecía, porque la muy maldita zorra me quiso quitar al Vicente, que es el niño de mis sueños, él va a ser mi esposo y vamos a tener hijos, de mascota tendremos un perro o dos, así que cualquiera de ustedes que se atreva a hacerme algo similar, la arrastraré de la misma forma en que arrastré a la Catalina, y lo haría mil y una veces si fuese necesario, así que cuidadito conmigo, wueoncitas.

Pero de nuevo callé.

Recibí un aplauso por parte de mis profesores, compañeros y compañeras. Sonreí, caminé a mi fila y, en cuanto crucé miradas con la Catalina, dejé de fingir mi sonrisa y la miré con cara de conmigo no te vuelves a meter, perrita, que si vienes por lana, saldrás trasquilada, atrévete a hacerlo de nuevo y te estrangulo.

La segunda condición que puso el colegio fue que tendría que cambiarme de puesto: ya no me sentaría atrás como las bacanas, ya no estaría con la repitente del curso, ahora pasaría adelante con la fea y pava: la María.

Con la María fuimos compañeras desde prekinder, y hasta ese entonces, primero básico, la María había pasado absolutamente inadvertida para mí. La María siempre fue pava: le robaban la colación, los lápices, el estuche, le daban vuelta la mochila y la molestaban por usar lentes y, año tras año, se ausentaba la semana entera en que caía el día del Padre, porque no tenía a quién saludar ni regalarle las típicas tonteras que una construye con tanto amor y dedicación: el portalápices de cono de papel higiénico con perros de ropa, marcos para fotos con fideos y cajitas con palitos de helados pintadas con témpera y selladas con cola fría. Puras wueás.

Entre nosotras se estableció un pacto amistoso, no explícito, del tipo: yo te protejo cuando te intenten robar o alguien te moleste, y tú me soplas en las pruebas y me ayudas en los trabajos. Gracias a la María pasé de curso cuando tuve que haber repetido y, gracias a mí, a la María no la molestaron más porque tenía una amiga matona, o sea, yo: después del bullado episodio con la Catalina González González, todos pensaban que yo era más brígida que encontrar un trío de mormones.

En realidad, la María sí tenía papá, pero lo vino a conocer cuando estábamos saliendo de octavo básico, y lamentablemente lo conoció cuando ya era demasiado tarde, cuando el caballero ya había estirado la pata, cuando la pelá había tocado su puerta o, como le dijo su mamá, cuando el caballero «se nos adelantó». El susodicho caballero murió por una diabetes que nunca se trató.

El entierro fue un día miércoles. La profesora eligió a tres compañeras para que fuéramos en representación del colegio. Yo, por supuesto, me ofrecí para capear clases: los miércoles tocaba educación física y digamos que hasta el día de hoy lo único que me hace correr es saber que una botillería está próxima a cerrar.

—María, ¿estái muy bajoniá?

—Sí, Martina, lo estoy, pero no estoy triste por su muerte, estoy triste porque el viejo era feo, gordo y chico, y toda su familia, cuando me dio el pésame, me decía que yo era puro papá, y yo, Martina, no quiero morir así, ya no quiero seguir siendo fea.

Y eso era verdad, la María era bien feúcha, era más fea que el tajo del pico, porque el pico será rico, ¿pero lindo? Yo algo de experiencia tengo en esto y todavía no encuentro uno que me cautive por su belleza. En fin, no era agraciada mi amiga.

Entonces, la María empezó por controlar su adicción al Gatolate, a los Tragatraga, a los galletones 303 y a los Petazeta pa' poder bajar la guata. También se empezó a colgar a los

fierros de los columpios durante horas para acelerar el estirón y siguió al pie de la letra cada uno de los tips de belleza de la revista *Miss 17*, de la *Tú* y de la *Vanidades* de su mamá. Por mi parte, le choriaba a mi abuelo la revista *Vida Afectiva y Sexual* que venía todos los domingos en *La Cuarta* y, mientras la María se colgaba en los fierros de los columpios, yo aprendía tips para satisfacer a la que cuelga.

Y así fue como la María, en cuestión de semanas, dejó de ser el mono chupacabras humillado del curso, para pasar a ser la mina del curso, *la colegiala, colegiala, colegiala, linda colegiala*. Fue como la historia del patito feo, pero en versión mono chupacabras. Dentro de mi baúl de los recuerdos guardo una foto de la María cuando era chica y, cada vez que se siente fea le recuerdo que antes era más fea. Era feíta la pobre, más fea que despertar con caña un día lunes. Era tan fea que cuando en cuarto básico hicimos la pérgola de las flores, fue la única mujer que hizo de hombre lustrabotas. Hasta el día de hoy la wueveo con el *lustramos, lustramos, sácale brillo, sácale brillo, sácale brillo con el cepillo, pásale el paño, pásale el paño que no hace daño*.

Cuando la María pasó a ser la mina del colegio la gente empezó a dejar de molestarla y, por lo tanto, yo dejé de defenderla, y ahí, recién, cachamos que nuestra amistad no era por conveniencia, porque seguimos siendo amigas, incluso quizá mejores amigas. Todos dejaron de molestar a la María, todos, excepto la Valentina, alias la Come Mocos.

Abre paréntesis. En todos los colegios existe un guatón bueno pa' la talla, un galán, un care na', un chico de las cumbias, un grupo de antisociales al peo, los pernos, un cabezón o cabezona, un chico o chica, un chino o china, uno o una que tiene un diente muerto, al o a la que se le quemó la casa y una come hombres. Nuestra come hombres era apodada la Come Mocos, que era una especie de versión más hardcore de come hombres, como su evolución. Cierre paréntesis.

Pero ya retomaremos a la Come Mocos.

Mi infancia fue entonces más o menos tranquila, jugando con la María, copiando en las pruebas y pasando raspando. Y, si lo pienso bien, solo tuve después algunos episodios de pérdida de control de impulsos, como esa vez que le enterré el tenedor en la mano a mi hermana porque no me quería entregar el control remoto o como esa otra vez en que le robé una cajetilla de cigarros Hilton a mi abuelita para venderlos en el recreo y poder juntar plata para comprarme un millón de coyacs de las *Spice Girls* y poder tener la colección completa de stickers y ser la envidia del resto de mis compañeras… Según mi opinión, yo era una buena niña.

Cabra chica mal portá (parte II)

Y los muchachos del barrio le llamaban loca…

Cuando entramos a la pubertad, esa edad de mierda en que no eres ni niña ni adolescente, en que eres una especie de alga amorfa en desarrollo, la mayoría de mis pares —las más pendejas quizá— se identificaban con Blanca Nieves, con la Cenicienta o con la Sirenita, y las más avanzadas alucinaban con Monti o Karen Paola de Mekano o con alguna de las intérpretes de las Supernova. Yo, por mi parte, sentía una identificación absoluta con un personaje más bien mitológico: Juana Tres Cocos, que, según Google y mi abuelita que me contó la historia, era una mujer con características masculinas. Quizá mi cualidad más machota era que en cada torneo que organizaban los cabros pa' jugar a las bolitas, a pura hachita y cuarta los dejaba a todos con los bolsillos pelaos, y a pesar de que terminaba tapá en tierra, me llevaba una bolsa llena de bolitas de colores pa' la casa. Podríamos decir que le manoseé las bolitas a todos los niños del barrio, es decir, desde chiquitita me gustó la cosa.

Como mi colegio de básica estaba en el barrio, mis compañeros se encargaron de propagar mi fama de matona entre quienes no iban a nuestro colegio. Y eso, sumado a mi alta estatura, mi voz un poco ronca, mi desarrollo de pechugas algo tardío y mi gusto por jugar fútbol y a las bolitas, hizo que los niños no me vieran como objeto de deseo, sino como uno más, con la que contaban pa' la pichanga cuando alguien fallaba. Entonces, cuando todas empezaron a dar sus primeros besos, yo seguía dando vuelta el Super Mario World una y otra vez…

Fue en mi pubertad cuando, por primera y única vez, mi mamá —la misma ñora que dijo que yo no necesitaba terapia porque con amor se cura todo— casi me saca la cresta. Fue cuando tenía catorce años y, específicamente, cuando tuve mi primera oportunidad de dar un besito. Se llamaba Richard Joshua Chamorro, era primo de uno de los niños del barrio y se juraba bacán —y lo hacían sentir bacán también— por tener un nombre gringo. Richard, alias Richi, no era muy bonito, pero me daba lo mismo porque su existencia era una buena oportunidad pa' juntar mis babas con las de alguien que no fuera mi almohada.

Abre paréntesis. No puedo dejar de sentir escalofríos cuando pienso que pasé noches enteras besándome la mano. Yo, que me creía tan brillante. Mi única tranquilidad es que sé que tú —sí, tú—, que lees este libro, también lo hiciste. Ridículo. Cierre paréntesis.

—Martina, pídele permiso a tu mamá pa' ir a los videos, yo sé una forma en que podemos jugar gratis con una pura ficha —me dijo Richard, alias Richi.

—Ya —respondí

—A las nueve nos vemos allá.

—Ya poh.

Me fui a mi casa sabiendo que ni cagando tendría permiso hasta las nueve. Lo más tarde que me dejaban salir era hasta las ocho, pero solo si era viernes, solo si había hecho todas mis tareas, solo si había lustrado mis zapatos del colegio para el día lunes y solo si prometía que al volver le sacaría las durezas de los pies a mi abuela con los dientes. (No, eso es mentira.)

Ese día era sábado, me acuerdo clarito, porque mi mamá veía *Sábado Gigante* y se reía a carcajadas con el Chacal de la Trompeta. Y esa era la oportunidad ideal para embolinarle la perdiz.

—Mamáaaaaaa, ¿puedo ir a los videos? —grité de un piso a otro.

—¡Noooooooooo, haz tus tareaaaaaas!, tu papá te va a preguntar al azar las tablas.

—Mamáaaaaaa, ya poooooh, ¡si un ratito nomás!

—¡No, Martinaaaaa, has callejiao todo el día!

—¡Mañana te juro que me levanto tempranísimo a estudiar!

—Ya, a las siete y media te quiero de vuelta.

No respondí nada, y ese iba a ser el argumento que usaría más tarde para explicar mi tardanza: «mamá, no me dijiste hora», sería la coartada perfecta. Entonces entré al baño, me perfumé bien perfumá con un chorro de Coral tapa rosada, la colonia inglesa predilecta de mi abuelita, tragué un poco de pasta de dientes y partí a los videos.

Era muy temprano, el Richi no había llegado. Jugué un par de fichas en el Street Fighter con unos niños que estaban ahí, a quienes por supuesto les volé la raja y, cuando se acercaban las siete y media y caché que el Richi no llegaba, partí a su casa: mi mamá no iba a esperar ni un minuto para dejarse caer y llevarme de vuelta a casa en no muy buenos términos.

—¡Richiiiii! —grité por la reja.

Salió la tía y dijo que estaba tomando once, que volviera más tarde.

Ya poh, tía, no le dé color, ve que daré mi primer pato con lengua, pensé.

—Tía, dígale que lo estaré esperando en la plaza —respondí.

Pasé a comprarme un par de alcas y me fui a sentar bien-bien fondiá en un punto estratégico que me permitiera tener una panorámica absoluta de la plaza completa, pero que me ocultara de los ojos castrantes de mi mamá. Al rato llegó Richi. Lo vi patear un par de piedras, me hice esperar un rato y aparecí, lo tomé de un brazo y empecé a caminar rapidito sin rumbo.

Abre paréntesis. Eran buenas esas citas. Las citas juveniles eran básicamente caminar y conversar por el barrio. Si te cansabas, te sentabas en una plaza, y después seguías caminando y caminando y caminando. Si tenías suerte, tus papás te daban gamba pa' comprar un trululú o un centella o dos gambas pa' comprar un palo rico. Y si querías divertirte, mientras caminabas tocabas un timbre y salías corriendo. Ahora en las citas no caminas, te sientas y, si tienes suerte, te tocan el timbre con el palo rico y no salen corriendo, sino que se quedan contigo y te siguen tocando el timbre una y otra vez. Cierre paréntesis.

Mientras caminábamos por el barrio y nos alejábamos de nuestras casas, empezaron a salir las estrellas. Cuando vi la primera estrella, imaginé un tirón de mechas de la mano de mi mamá. Cuando vi la segunda estrella, imaginé un tirón de mechas de la mano de mi papá. Y cuando el cielo estuvo completamente estrellado, supe que me iban a guillotinar. Pero no me importó, estaba tiernamente deseosa de mezclar años de acumulación de bacterias bucales con las bacterias bucales del Richi. Además, en esos años usaba sostén de transición, esos que son como peto de boxeadora, así que si en la casa me iban a boxear, al menos andaba vestía pa' la ocasión.

Al Richi le hice creer que no estaba la señora dueña de los videos, la que desconoce que existe una trampa para jugar gratis, sino que estaba su hijo que siempre estaba atento a que no le hicieran nada a los videos y que por eso no iríamos y caminaríamos cual testigos de Jehová en misión evangelizadora en el sur de Chile.

Entonces, cuando ya habíamos caminado la vida, el cielo estaba estrellado y estábamos lo suficientemente lejos de un lugar donde pudiéramos ser vistos, nos sentamos en la vereda de un pasaje, le tomé la mano, me olvidé del mundo, cerré mis ojos y me abalancé sobre él. El beso, reguleque. La sensación, otra wueá. Podría decir que ese primer beso se asemejó bastante a la sensación de la primera vez que probé un sorbito de copete o al primer orgasmo. Rico, rico, rico.

¿Por qué les cuento esto? ¿Qué relación tiene con los *Relatos de una mujer borracha?* Porque, sin duda, para ser una mujer borracha hay que ser medio cuentera, medio fantástica, medio descontrolá, medio olvidar el mundo, medio saltarte las consecuencias y medio caliente, cuestiones que entrené desde cabra chica y que sé que ustedes también lo hicieron.

Puta qué largo fue el beso, incluso más largo que *Los Venegas*. Los dos quedamos con los labios moraos y, luego de mil horas, emprendimos rumbo de vuelta al barrio, hasta despedirnos en la esquina de mi casa. Afuera estaba mi mamá, dando vueltas en círculo cual perro enjaulao. Si bien estaba lejos y me era imposible distinguir sus rasgos faciales, sabía que sus ojos estaban rojos porque había estado llorando pasándose las peores películas en tres dimensiones y con subtítulos. Sin embargo, en cuanto me vio caminando como si nada pasara, sus ojos se tornaron negros de ira, negros como la mentira, negros como la maldad, negros como pezón de gorila, negros como sobaco de gitana. Llegué hasta la puerta, le sonreí y recibí en seco un «entra» como respuesta a mi amistosa sonrisa. Cerró la reja y de las mechas me llevó hacia el sillón del living donde estaba mi papá. Me van a matar, me van a matar, me van a matar, pensé cual feto de comercial pro adopción de los años dosmil. No me mataron, pero sí me torturaron hasta que dije la verdad. Me castigaron durante todo el resto de ese año: mi mamá me iba a buscar y a dejar al colegio y, cuando no podía llevarme, me mandaba en furgón. También me prohibió incluso asomarme por la ventana. Fue un castigo asqueroso, pero ¿saben qué? Valió la pena, porque las mariposas que me dejó el Richi en la guatita llegaron para quedarse y llegaron con sed, con una sed insaciable de hombres, con sed de agarrar a calugazos al mundo, con ganas de que me besuquearan más que a guagua nueva.

De ser la callejera buena pa' la pichanga, pasé a ser la rara que no salía a ni un lado y pasé a ser conocida como A la que Castigaron por Caliente, *y los muchachos del barrio me llamaban loca*. La única que tenía derecho a una visita conyugal en mi sentencia era la María, quien sagradamente todos los domingos pasaba dos horas vigiladas conmigo en mi pieza cárcel contándome del mundo exterior.

Adolescente peor portá

Algo en tu cara me fascina, algo en tu cara me da vida…

Y llegó la adolescencia.

¿Qué significó esto?

Mmm, que me explotó el botón mamario, que las pechugas me crecieron de un día pa' otro y que las hormonas se apoderaron de mí y de mi virginal choricuáquer.

En mi adolescencia también conocí a Igor, mi primer todo, porque, excepto mi primer beso, fue mi primer amor, mi primer regalo de cumple mes, mi primera pelea, mi primera canción dedicada, mi primer orgasmo real y mi primer orgasmo fingido.

Pero, a decir verdad, de ser importante Igor pasó a ser un saco e' wueas, así que no merece más que este párrafo. (Ya, oh, sí hablaré después un poco de él.)

Quien se merece más de un párrafo ahora es la Valentina, la Come Mocos, quien asumió un rol antagónico en mi historia de vida juvenil. Se supone que hay un momento de la adolescencia en que una cambia, en que una se empieza a comportar un poco más adulta, dejas de ver Nickelodeon y prefieres *Animal Planet* o *Home and Health*, de repente te empieza a molestar la voz de los castores cascarrabias y te empiezas a familiarizar con la voz de Lucy, de en *Casa de Lucy*, o con la voz del español de *La Botica de la Abuela*. Ese proceso de transición no llegó para la Valentina, quien, desde primero hasta tercero medio, se empecinó en molestarnos a la María y a mí porque sí y porque no. Mientras disertábamos, nos tiraba papeles; si bailábamos, nos abucheaba; y si existíamos, nos pegaba carteles en la espalda, nos tiraba el borrador con tiza o nos hacía repollito en los cuadernos, entre otras cosas. Nosotras, como nos jurábamos maduras con la María, la ignorábamos, pero eso más la picaba y más se empecinaba por hacernos los días imposibles.

Pero un día se pasó de la raya, porque hay que ser muy maricona para pegarle un chicle en el pelo a otra mujer; y la víctima fui yo.

Después de cortarme el pelo, porque fue la única manera de quitarme el maldito chicle, con la María empezamos a cranear la venganza.

—Lo que ella quiere es atención, ¿cierto, María?

—Sí.

—Entonces, le daremos atención, ¿ya, María?

—Ya.

—Le haremos la peor fama del mundo.

—¿Estás segura, Martina?

—María, no te estoy preguntando, te estoy informando.

Y así fue como iniciamos el peor rumor posible que finalmente se convirtió en una verdad absoluta. El rumor era el siguiente:

Dicen que alguien vio a la Valentina en plena con el

Germancito en el baño de hombres.

Usamos al Germancito por dos cosas: primero, porque el Germancito era el extraño del colegio, ese que no habla con nadie y que en realidad dudabas de si sabía hablar o no; y, segundo, porque era horripilante.

Cuando la noticia llegó a los inspectores, el mensaje estaba absolutamente desfigurado:

Dicen que hay una niña que cobra cuatrocientos pesos o pide cigarros sueltos por hacer sexo oral en el baño de profesores.

Así que, cual cacería de brujas, empezaron a buscar a los principales involucrados en esparcir la noticia. Y fue tal la presión que la María se quiso entregar voluntariamente argumentado que, si lo hacía de esa forma, el castigo sería menor para nosotras dos. Pero no tardé en detenerla.

—Te van a echar del colegio y por tus antecedentes no te aceptarán en ni un otro colegio, no podrás ir a la universidad, con suerte te aceptarán en un dos por uno y en el dos por uno tu círculo de amistades se va a reducir, y te vas a enamorar del más porro del curso, te vas a embarazar porque en ese colegio nunca te enseñarán de anticoncepción, y tu hijo será tonto y feo como su papá. Yo diré que todo fue tu idea, por traidora, y me creerán a mí porque, a diferencia de ti, yo sí sé mentir.

La María decidió no contar nada. Y al final el tema se diluyó. Y la Come Mocos nunca volvió a molestarnos. (Ah, y gracias al rumor, el Germancito ganó fama de galán y le vio el ojo a la papa con una de las gorditas del colegio.)

Y llegamos a cuarto medio. En cuarto, la María fue besando de sapo en sapo hasta que conoció a un par de príncipes azules. Yo tenía a Igor, que tenía el honorable título de Príncipe de la Venta de Lencería por Catálogo; eso, porque su mamá vendía lencería por catálogo y era seca, se ganaba cuanto premio hubiese, y entre sus colegas era conocida como la Reina de la Venta de Lencería por Catálogo. Por añadidura, yo pasé a ser la Princesa de la Venta de Lencería por Catálogo, pero, como yo quería ser más y mis ambiciones eran otras, me postulé como reina de la primavera del colegio.

Y vino el concurso. De talento, nada. Improvisamos una salsa de Elvis Crespo con Igor —*será tu sonrisa, será tu sonrisa*— y fue un asco: yo le puse exceso de carisma e Igor se movía más lento que piropo de tartamudo. En la fase de preguntas de inteligencia me preguntaron qué haría con un millón de pesos y yo, tratando de ser graciosa, respondí que llenaría una piscina con piscola y haría una gran fiesta con muchos hombrezuelos en zunga aleopardá, que ese era mi concepto de paraíso. La respuesta no gustó. En la fase de belleza creí que tenía todas las de ganar, pero tampoco. Finalmente, salí tercer lugar. ¿No es tan malo, dirán? Pero eran cuatro candidatas y una de ellas perdió puntos porque no se presentó a una de las pruebas.

Ese mismo día me galardonaron con una banda celeste y un clavel por mi tercer lugar, mientras que a la ganadora la premiaron con una banda rosada, un ramo de rosas y unos cupones de una peluquería. Ardí de pica y me sentí sumamente humillada. Entonces hice uso de mis poderes psíquicos y empecé a apagar todas las luces del lugar, luego lancé a la ganadora y al jurado contra los muros del gimnasio y abrí el piso para que todos cayeran a la piscina. (Eh, en verdad no, esa fue Carrie.) Pero como yo no tengo poderes como Carrie, o como las gitanas, pero sí soy buena para el tongo, hice como que no me importaba y llamé a mi mamá diciéndole que había ganado como reina de la primavera, que iría a celebrar a la casa con un

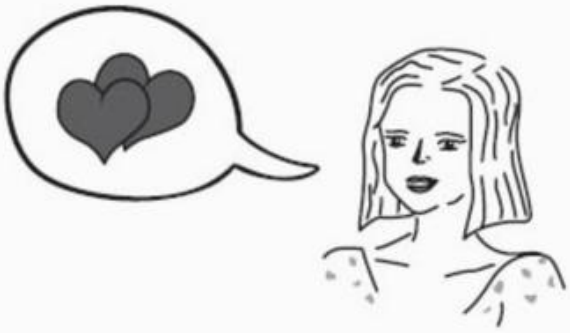
par de personas, que sería un grupo reducido de gente tranquila. Patrañas, como ya habíamos cumplido dieciocho pasamos altiro a la botillería, compramos de todo y, a la hora, ya estaba muerta, raja de curá.

Fue mi primera curadera. ¡Mi primera! Hasta ese minuto de mi vida, el momento más excitante había sido ver el capítulo en que se juntaban todas las generaciones de los *Power Rangers*. Pero ahora todo había cambiado: me había cocido y esto había superado mi umbral de excitación, esa sensación de perder un poquito el control, la noción del tiempo y ser poseída por el sabor de la Porotito Verde. También caché que hay que tener ojo con no excederse mucho de copas, porque cada sorbito extra va haciendo que esos hombres que están lejitos de la mano de Dios, se acerquen a Él, quien va maquillando a los que son más porfiados y puedes, dependiendo de tu suerte, terminar agarrando con Yoda, convencida de que es Anakin Skywalker.

Esa noche también cambiaron las cosas con el pastel de Igor, porque me vino con el cuentito de que necesitaba un tiempo para pensar. Fue entonces cuando caché que me gustaban mucho los hombres, porque el duelo me duró menos que confort en baño público (ya, eso no es tan verdá) y al ratito ya tenía a tres pretendientes aplaudiendo mi tercer lugar. Elegí a dos y, claro, un clavo no saca a otro, pero dos, sí.

A partir de esa fiestoca no paré, así que basta de hablar de mi vida inocente y mal portá, y vamos a lo realmente interesante: los hombres.

2
ROMANCES



La tecla pegá

El primer amor, es amor; el segundo amor, es despecho;
el tercero, el cuarto, el quinto y los siguientes, son deporte.

Lo vi de espaldas y supe de inmediato que era él. Su mismo corte de pelo, su mismo estilo de vestir, su misma estatura y su mismo intento de poto, si es que a eso podemos llamarle poto: plano, plano, plano, cual poto de rana pará en dos patas. Empecé a sudar helado, estaba más nerviosa que aval de trapecista después de hacer el salto de la muerte. Y no era para menos: habían pasado seis años sin verlo y cada día lo recordaba al despertar, antes de dormirme y, a veces, cuando la ducha teléfono se ponía cariñosa con la Martinita chica. Me tomé dos cortitos de whisky y, envalentonada, lo fui a saludar.

Para mi sorpresa, y a mi pesar, no era él. Era una versión mejorada de Igor. Como les conté, Igor fue el primer gran amor de mi vida, ese que te revienta la conejita con amor, te jura que nunca te hará daño, te regala un CD con canciones románticas del calibre de Luchito Jara, te promete el cielo, las estrellas, te regala la luna, el sol y los cometas y, de un día para otro, el muy infeliz cambia, te pide un tiempo que al principio es una semana, con el correr de la semana son dos semanas y después ese tiempo es la eternidad misma porque nunca te vuelve a llamar y, pa' peor, te manda un mensaje de texto de no más de veinte caracteres diciendo que todo terminó por el bien de ambos y, a la semana de terminar por el bien de ambos, te enteras de que está saliendo con una peuca. Maricón. Pero, como una es medio pajarona y no tiene memoria a corto plazo, cual Dori buscando P-Sherman 42 Wallaby Way Sydney, olvidé todo lo malo y me quedé con los lindos recuerdos, con esos que realmente valen la pena: los ardientes.

Me acerqué.

—Hola, sé que va a sonar extraño lo que te voy a decir, pero eres idéntico a un ex, te pareces mucho, te pareces tanto a él cuando me amaba, cuando yo era su universo y su razón de ser, te pareces tanto a él cuando en su alma solo existía yo y me era fiel…

Bueno, quizá no fue tan así, pero no podía desperdiciar la oportunidad de sentirme, al menos, un poquito cerca del saco wueas que me rompió el corazón en trocitos.

—Puede ser que físicamente nos parezcamos, pero él debe ser un idiota si terminó contigo —respondió canchero.

—La verdad es que en este punto de mi vida tengo certeza absoluta de que todos los hombres son idiotas y tú no pareces ser la excepción —sonreí.

—Y una invitación a una piscola, ¿cambia en algo las cosas?

—Las cambia por completo.

Acepté su invitación, no sin antes advertirle dos cosas: uno, que su invitación no era un pasaje directo a mi entrepierna, y dos, que su invitación sí era una escala a mi entrepierna.

Por lo general no me doy así de fácil con el mundo, pero se parecía a Igor y me invitó una piscola, que con el pasar de la noche no solo fue una, sino que fueron cinco. Cinco piscolas en

mi cuerpo bastaron para comenzar a dar jugo. Le di jugo existencial espiritual del tipo tatita Dios te puso en mi camino, porque tatita Dios quería a Igor para mí, y como Igor me abandonó, tú vendrías a reemplazarlo, por lo tanto, quieras o no, tendrás que estar conmigo. Al principio le pareció gracioso, pero en la medida en que la conversación avanzaba, él fue notando que yo estaba hablando en serio y que mi cara de psicópata en realidad era cara de psicópata y no actuación de psicópata. Es que de verdad me sentí enamorá.

En un minuto, lo miré y recordé la primera vez que nos besamos con Igor. Me estaba esperando afuera del colegio con un globo con helio en forma de corazón. No hay peor regalo en el mundo que un globo con helio en forma de corazón, porque una camina con el globo y se ve realmente tonta, tonta enamorá, muy mala combinación, la peor combinación de todas, y lo digo yo, que sé de combinados. Imagínense que, en momentos de pobreza, me he visto en la obligación de mezclar destilado con jugo en sobre. Puta que es rasca la Martina —dirán—, pero no saben lo que se pierden, una delicia culinaria. El cuento es que nos sentamos en el pastito de una plaza; se notaba nervioso, decía que quería preguntarme algo importante pero no sabía cómo y yo, que siempre he sido más adelantada en lo que respecta a relaciones afectivas y sexuales, le dije que no se diera tantas vueltas y que aceptaba su petición de pololeo siempre y cuando me diera un beso con lengua. Igor dijo ya bueno, lo agarré de la nuca y, con un poco de fuerza, lo acerqué a mí y le chanté el beso más babiao que alguna vez di.

Volviendo al bar: tenía ahora al doble de Igor frente a mí. A esa altura del partido ya era como estar con mi ex, y con cada sorbito de piscola mis ganas por rememorar ese primer beso se hacían cada vez más intensas. No quise esperar, le agarré la nuca, lo acerqué a mí, junté un poquito de saliva y le chanté el beso. Fue exactamente igual al beso que varios años antes di con jumper muy sentá en el pasto de la plaza. Sentí mariposas en mi guatita y sentí cómo esas maripositas se curaban alegres al son de cada sorbito.

Bailamos, conversamos, peleamos, nos arreglamos, nos mantenemos en esa pero nos amamos, ay, vamos, mami…

Entonces, mientras conversábamos y miraba su cuerpo, comencé a recordar la primera vez que Igor me llenó la casita de humo. Durante los primeros tres meses de relación nuestros acercamientos se limitaban a besitos apasionados, caricias varias y quemar ropa. Quemar ropa debería ser considerado un hobby. Cada vez que quemábamos ropa, Igor decía que tocaba mi puertita con su manguerita y quería saber si había alguien incendiándose ahí dentro en casa para ayudar; qué nobleza, ¿no? La puerta se mantuvo bajo siete llaves un tiempo porque tenía pánico a las consecuencias propias de abrir mis patitas por primera vez. Hasta que cedí, y vi la vida con dolor, no te miento fui feliz, aunque con muy poco amor. Y lo hicimos con Igor, y si antes de hacerlo por primera vez yo pensaba que conocía el placer, estaba muy equivocada, nada se iguala a tener un polvo bajo los efectos de una piscola supercabezona. Bueno, pero eso sucedió un par de años después, cuando conocí a un tal Augusto, que tenía la cuestión supercabezona y me dejó hecha polvo pidiendo agüita y piscola.

Ahí estaba yo, bajo los efectos de unas piscolas, añorando rememorar aquel polvo con quien a esa altura de la noche ya era Igor para mi vista nublada. Dispuesta a entregarle mi flor, lo seduje hasta llevarlo a mi departamento. La sorpresa fue que, al entrar a su estación de bomberos y descubrir la manguerita, no tenía punto de comparación con la manguerita de Igor. Esta era más bien como una manguera de jardín de casa, pero casa de juguetes, chiquitita y

flaquita la pobre, si al mirarle la entrepierna tenía que mirarla dos veces para creérmelo, así que lo primero que decidí fue llamar a carabineros y denunciar una presunta desgracia, pero al final me arrepentí y preferí hacerme la que me sentía mal y hacerle un chaíto, nos vemos otro día.

No lo llamé nunca más, porque la verdad es que para estar pasando noches viendo un cuadro tan triste, es más conveniente descargar la saga completa de la *Casita en la pradera* y llorar con las calamidades que atravesó la familia Ingalls.

2 x 1
Caras vemos, cocos no sabemos

Tenía un testículo. Sí, señoritas y señoritos, *un* testículo. En este minuto es cuando debes dejar de leer y empezar a imaginar un pene con un testículo. Seguramente lo imaginas como una especie de cruza entre cíclope y unicornio, pero no, porque la bolsita vacía sigue estando en el lugar; es más bien como dos uvas juntas, una a la que le extrajeron el líquido y la otra intacta. Asco nivel atómico.

Para no dar a conocer al aludido, de aquí en adelante será el Unitestículo.

Lo interesante no es haberlo conocido, lo interesante es saber cómo lo conocí y para eso debemos remontarnos a una calurosa tarde de jueves, en un supermercado del sector centro de la capital. Yo iba por palta y pan de molde, pero a una el pasillo de licores siempre la seduce. Para mí, el pasillo de copete es lo que el pasillo de mariscos es para la lesbiana, lo que el pasillo de blanqueadores dentales es para Farkas, lo que el pasillo de tortas de jamón es para el Chavito. O sea, el pasillo de copete me vuelve loca de alegría. Ahí estaba él, bajo un gran cartel de vinos que decía *lleve dos y pague uno*, un claro presagio de lo que vendría luego. Era mino y yo andaba coqueta despechada, así que con la clara intención de que él me viera, y al menos conseguir pinchar con la mirada o su número de teléfono, me acerqué y absurdamente intenté entablar una conversación:

—Hola, ¿sabes de vinos? —pregunté.

—Algo —respondió desinteresado.

—¿Y te suena este vino? —lo tomé y se lo mostré.

—Bueno, yo prefiero el de oliva —dijo.

—¿Qué? —dije sorprendida y miré la botella. Chucha, de puro nerviosa había agarrado una botella de aceite.

—Sorry, me refiero a este. —Y tomé una, ahora sí, botella de vino.

—No cacho —dijo casi sin mirarme.

De puro picá (y de buena pal copete), agarré ocho botellas, las puse en el carro y seguí comprando, emputecía, doblemente despechada; y de la palta y el pan de molde, nada.

Siempre he pensado en lo absurdo que es que los supermercados tengan mil y una cajas, si siempre están abiertas una o dos. Acá había dos, una más llena que la otra. Me puse en la menos llena y a los dos minutos llegó Unitestículo atrás de mí y, para mi sorpresa, entre sus cosas traía dos botellas del mismo vino.

—¿Y te vas a tomar todo eso sola? —preguntó.

(No, trabajo en un hogar de niños y se los llevo de regalo, awueonao, pensé.)

—No, en mi familia hace un tiempo inventaron celebrar el día del tío, y tengo varios tíos —respondí.

(Patrañas, eran todos para mí.)

La fila avanzó un poco y volvió a interrumpir:

—Yo llevo dos, y en mi familia no celebramos el día del tío. Si te animas podríamos juntarnos un día y tomarlos.

—Sí, podría ser un día, igual tengo la agenda más o menos ocupada, pero sí… podría ser.

(Puta que soy caliente.)

—¿Hoy, a las ocho? —preguntó.

—Ya, bueno —cedí—, ¿en tu departamento o en el mío?

—Como tú quieras… —respondió.

—Vamos al tuyo —dije.

Intercambiamos teléfonos y me dio su dirección. Vivía en Lira, a dos calles de mi casa. Llegué a mi casa, y el tiempo era suficiente como para darme una buena ducha y tomar una o dos copas de vino para precalentar el horno.

Abrí el vino, puse música, me tiré en la cama y al primer sorbo caché por qué lo estaban rematando: por charcha, era como si un litro de vinagre barato se hubiese puesto vinagre y le hubiesen echado de otro de vinagre más barato para arreglarlo. Pero, bueno, tenía ocho botellas, no me quedaba otra que aprender a encontrarle sentido a su sabor. El copete, al igual que la comida, no se bota. Además, el objetivo era llegar alegre y con ganas de conversar a la cita, y el vino me suelta la lengua (a menos que sean muchas copas, porque cuando son muchas, además de soltarme la lengua, se me sueltan las tuercas de la cabeza y los clavos de las piernas empiezan a ceder de a poquito también).

Entonces, al cabo de la tercera copa y ya duchada, emprendí rumbo a la dirección anotada en la boleta de supermercado. Llegué, no sin antes avisarle a la María adonde iría y pedirle que me estuviera llamando cada cinco minutos para saber si estaba bien. Entré a su departamento, siempre con el temor inicial del debe ser un psicópata que me va a descuartizar y seré portada de diarios. Pero altiro caché que cero posibilidad de ser un tipo malo; era como estar en la casa de Yolandita Sultana: tenía prendido un incienso, dos velas con olor, telas colgadas con diseños de elefantes y uno que otro mandala.

—Oye, weón, que te quede claro que esto no es una cita —fue mi primer acercamiento.

—¿Tú crees que prendo velas por ti?, por favor, si hasta había olvidado que venías —respondió.

Ambos reímos, nos sentamos en el suelo y abrió el primer vino. Yo, que ya lo había probado y sabía que era veneno para ratas con mal gusto, esperé a ver su reacción antes de opinar. Lo olió, lo sostuvo en su boca, lo tragó y dijo:

—Bien buena la oferta, debí haber comprado más.

—Sí, fíjate que está bien bueno —respondí amablemente para no caer mal.

—Debí haber comprado unas cuatro botellas más —dijo—. Mi baño se tapa de vez en cuando y este vino pasa por ácido —remató.

Me reí.

Abrió un mini bar y sacó otra botella de vino que duró menos que un candy. Treinta minutos de conversación con vino son suficientes minutos para saber si pasar o no a la siguiente fase y, a pesar de que el tipo era sarcástico, digamos que no me iba a meter a la camita con sus sarcasmos precisamente, así que sí podía ser un buen prospecto.

Abrió una segunda botella, me acerqué y le di un besito sin lengua (no a la botella).

Seguimos tomando vino y, cuando la cosa se estaba poniendo romántica, sonó el citófono. Era el conserje que le decía que había una niñita llamada María que preguntaba por su amiga Martina. El mino me miró con cara de qué chucha pasa y, al ver mi celular, tenía sesenta y cuatro llamadas perdidas de la María y varios mensajes del tipo *Amiga, voy por ti, resiste*. Claro,

como la weona nunca contestó el celular, la amiga se pasó mil y un rollos, así que cuando subió lo primero que hizo fue pegarme una cachetá y darme un abrazo. Le expliqué que olvidé nuestro trato y la invitamos a tomar vino.

—Me salvó la campana —dijo el mino—, cosa seria la Martina. ¿O no, María?

—A mí ni me lo digas, yo tengo que lidiar con ella a diario —respondió.

Y así la María, en un acto de venganza por su preocupación, empezó a contar un par de anécdotas bizarras de mi vida privada; él, por su parte, contó un par de anécdotas bizarras de la suya, y la María, como no es bizarra en absoluto, no contó nada de la suya. Pero cuando una en realidad quiere saber anécdotas bizarras reales de las otras personas, tiene que jugar al nunca nunca. Y cuando una quiere saber cuestiones importantes y avanzar rápido en una relación, tiene que jugar a la verdá verdá. Aquí detallaré algunas de las respuestas del mino que lo hicieron más atractivo.

¿Has hecho tríos? Sí.
¿Ves porno? Sí.
¿Te tocas? A veces ¿Cuánto? Poco ¿Cuánto poco? Una vez al día o cada dos días.
¿La parte que más te gusta de tu cuerpo? Mis oblicuos.
¿Me bailarías en pelota si te lo pido? Por supuesto.
¿Hijos? No, no quiero, me gustaría adoptar, idealmente a un niño que ya no use pañales.

Tengo la obligación de aclarar que si lo estás imaginando como el mino ideal, no lo es. Cuando respondió *mis oblicuos* fue un sarcasmo, porque en realidad tenía ponchera, pero ponchera proporcional a su cuerpo. Supongo que el resto de sus respuestas fueron genuinas o, al menos, eso quise creer.

Y así fue cómo, en una cita no cita que no duró más de tres horas, nos conocimos lo que nos pudimos tardar dos o tres meses. Tenía la aprobación de la María, aspecto trascendental para decidir continuar.

Se fue la María y quedamos solitos, yo, él, mi choricuáquer y su pistola de quáquer.

—Entonces, ¿hay algo más que tenga que saber de ti? —preguntó.

—Por supuesto que hay muchas cosas que tienes que saber de mí, todavía no nos conocemos lo suficiente —respondí.

Lo miré y caché su caresilencio incómodo, como queriendo decirme que yo también tenía que preguntar lo mismo.

—Y yo, ¿hay algo más que deba saber de ti?

—Sí, y solo te lo cuento porque he tenido un par de malas experiencias. No te rías, pero tengo un solo testículo —dijo entre medio sonrojado, medio triste, medio gracioso y medio en serio.

—Sí, oh, si tú tienes un testículo, yo tengo dientes en la chochi y cinco pezones y medio —respondí.

—Martina, en serio, tengo un testículo, no bromearía con algo así, siempre pasa lo mismo.

Silencio incómodo, momento de reflexión, a ver a ver a ver, Martina —pensé para mis adentros—, una vez te metiste con un estudiante de pedagogía que tenía cuatro dedos en la mano derecha, con un profesor de derecha, con un tipo de izquierda que tenía un tatuaje del Che Guevara, con un argentino que estaba lleno de pelos sueltos y largos en su espalda, con otro tipo al que se le soltaban las trenzas cuando se tomaba un par de copas, con otro hombre que

se hacía trenzas en su barba, con otro más que le pedí que me llevara algo dulce para comer y me mató las pasiones cuando llegó con un pastel de la panadería en forma de trenza que le costó trescientos pesos y me los cobró, con un pastel que tenía consumo problemático de pan y estaba causando estragos en su cuerpo, con un siútico que no comía pan por la harina, con otro tipo que era blanco como harina y tenía el poto transparente, con un canalla que no era transparente y andaba conmigo y con otra al mismo tiempo, con otro alucinado que se ponía a filosofar de la relatividad del tiempo para parecer interesante, con un tipo que pensaba que era interesante hacer sopas de letras, con otro gallo que se comía las letras en las cartas, con un mamón que me lloró una carta y mientras la leía suplicando mi perdón le colgaban los mocos aguaos y corrían hasta llegar a su boca, asco, con otro que lloraba con las crónicas de las noticias y, finalmente, con uno que no veía ni leía noticias porque decía que le contaminaban el cerebro. A ver a ver a ver, Martina —seguí pensando para mis adentros—, todos ellos tenían algo en común, todos tenían dos cocos, encontraste la excepción a la regla. Voh dale, hazlo tuyo.

Y le di, y sí tenía un testículo y la verdad es que no sentí ni una diferencia.

Esta historia no tiene un final espectacular. Al día siguiente no contestó el teléfono y hasta el día de hoy pienso que la culpa es de la María: no era necesario que le contara, entre otras cosas, que hubo un tiempo en que me las di de gótica y salía a bailar con una lagrima en la cara pintada con lápiz bic negro punta fina. Igual, como no tuve derecho a réplica, usaré este espacio para hacer mis descargos. Te quiero decir, Unistestículo, que cuando te fuiste al baño, te psicopatié el computador y vi tu historial de visitas de Internet. Hay que estar bien cagao de la cabeza pa' pasar tantas horas de tu vida viendo tutoriales para aprender a hacer origami. Erís un mamón, dijo la picá.

Jisus Craist

Dios es amor, la Biblia lo dice, Dios es amor,
Pablo lo repite, Dios es amor, búscalo y verás.

Además del clásico principio cristiano *hay que dar hasta que duela,* existen otros principios que calaron en lo más profundo de mi ser. En uno de los capítulos del libro de las aventuras de Jesús, o quizás en todo el libro, no sé, se plantea la idea de que Dios está en todas partes, está en mí, en ti, en el rico, en el pobre, en la cajera del peaje, en Sampaoli, en el gato Juanito, en la trabajadora sexual de la noche y en la trabajadora sexual de la noche que en realidad es trabajador sexual de la noche disfrazado de trabajadora sexual de la noche. Dios está en todos, Dios está aquí, está aquí, tan cierto como el aire que respiro, tan cierto como la mañana se levanta, tan cierto como que este canto lo puedes oír. De esta forma, me resulta inevitable ayudar a quien lo necesite porque me da pánico pensar que el día del Juicio, cuando me evalúen para entrar al Cielo o mandarme al Infierno, tatita Dios me dirá que estuve a punto de calificar para una vida celestial, pero no ayudé a ese acólito a acercarse al sacerdocio tentándolo porque fui en colaless a misa y le puse carecaliente cada vez que recibí la ostia.

En fin, una noche estaba sentada en un paradero de micros a tres semanas de haberse implementado el Transantiago. (O sea, las probabilidades de envejecer en ese paradero eran enormes.) Iba camino a una fiesta.

—Hola, soy Forrest, Forrest Gump —me saludó un extraño ofreciendo su mano.

No, mentira, no era Forrest. Se veía bien vestido, viejo, canoso, ojos claros, debe haber tenido entre sesenta y sesenta y cinco años. Lo saludé de vuelta, me presenté y comenzó:

—Me vine a sentar al paradero porque me acabo de enterar de una noticia horrible y necesito pensar… Mi hija…, mi conchito… está embarazada, tiene siete meses y ocultó su embarazo para no darnos más problemas… Con la vieja no hemos tenido un buen pasar, muchas veces nos falta para el pan, pero siempre nos las hemos ingeniado.

En ese instante lo miré y una luz lo comenzó a iluminar mágicamente. Era como si Dios tratase de decirme algo, o al menos eso pensé hasta que me di cuenta de que en realidad no: en realidad era la luz de la micro que lo estaba alumbrando de espalda. Le pedí que continuara, otra micro iría a pasar.

—Quedó embarazada de un delincuente… Mi niña era distinta a las otras niñas de la población…, nunca me lo esperé de mi niña. —Se sonó los mocos con un pañuelo de tela amarillo de tanto moco y continuó—: Lo terrible no es su embarazo, lo terrible es que mi niñita no tiene idea de que hace años con la vieja hipotecamos la casa y ahora el banco nos la quiere quitar, estamos en la ruina —dijo entre sollozos.

Me sentí pésimo pensando en cómo yo malgastaría mi platita esa noche pidiendo un trago tras otro, tras otro y tras otro, mientras ese caballero se devolvería a casa desolado. Por supuesto, yo no era la solución a sus problemas, entonces solo me compadecí, lo reté por haber hipotecado su casa, lo reté por no haber llevado a su hija al consultorio, por ser tan leso,

y me fui de fiesta: no dejaría que nada arruinara esa noche, menos un viejo llorón. No, mentira. Tenía dieciséis mil pesos en el bolsillo, los saqué y, respetuosamente, se los ofrecí, aludiendo a que él les daría mejor uso.

Tomé la micro, llegué a la fiesta, comenté la situación con mis amigos y en mi cabeza fantástica esperé que todos hicieran una vaca, juntaran treinta y dos mil pesos y me los regalaran, porque se supone que Dios duplica las recompensas cuando una tiene gestos amorosos-dolorosos. Pero no fue así: todos me dieron la espalda, me dijeron que era más wueona que intentar chuparse el codo al creerle al viejo, y siguieron tomando.

Todos excepto Julián. Julián siempre estuvo enamorado de mí y yo nunca le quise dar la pasá, porque era como el eterno porro, que hizo magíster en tercero medio, terminó cuarto medio a los veinte, sacó doscientos diez puntos en la PSU, entró a catorce carreras en distintas áreas y nunca terminó nada. Su mamá ganó un premio millonario en un juego de azar y mensualmente le daba suficiente como para vivir, comer, tomar y, de vez en cuando, pegarse un viaje. Antes de que la mamá de Julián fuera rica, tenían una situación económica promedio, y en la gente promedio el dentista no es prioridad, así es que Julián tuvo hasta eso de los quince una ensalá de dientes que lo hizo ganarse el apodo de Tiburón.

—Flaca, en el refrigerador hay una de pisco, podemos compartirla.

Yo sé que a caballo regalado no se le miran los dientes, pero acá el jinete tenía otras intenciones; sabía que por aceptar su invitación a compartir la de pisco, él esperaría que después le compartiera una pechuga o dos. Pero, bueno, la necesidad tiene cara de hereje y me estaba ofreciendo piscolita. No hay nada que me guste en el mundo más que la piscola, me gusta tanto, me enloquece, y no lo puedo ya ocultar, en todos lados se aparece, como ilusión en mi mirar.

Julián era porro no por falta de cabeza, ni porque tuviera algún problema en su desarrollo, tampoco por falta de estimulación, ni por falta de oportunidades: Julián era flojo porque era pajero. Julián prefería dormir antes que agarrar un cuaderno y, por lo tanto, como Julián no cachaba una, nuestra conversación se redujo básicamente a un «querí más piscola; préstame fuego, por favor, gracias». Pero Julián no era feo y, al hacer una comparación entre él y el resto de los comensales que estaban allí, estaba dentro de los más potables. Además, yo esa noche no andaba en busca de un profesor que me enseñara física cuántica, sino más bien andaba en búsqueda de guaraca. Dicho de otro modo: estaba más caliente que aceite de carrito de sopaipas. Y así fue cómo, en un abrir y cerrar de ojos, estaba en el auto con Julián; en otro abrir y cerrar de ojos, estaba en casa de Julián; y, en un último abrir de ojos, tuve a Julián frente a mí en pelota. Ahí no quise cerrar los ojos nunca más porque, frente a mí, tenía a un hombre con tremendo cuerpazo; si su papito no tenía nepe, tenía pincel, hecho a mano el cabro. El resto de la historia se la podrán imaginar. El objetivo de esta historia bajo ningún punto de vista es sacarles pica, sino que más bien es convertirlas al camino de Tatita Dios, porque, como podrán ver, no hay mal que por bien no venga y, cuando una da desinteresadamente, puta que recibe y recibe y recibe y sigue recibiendo y no pares, sigue, sigue, no pares, sigue, sigue, y se la llevó, el tiburón, el tiburón…

Misteriosos son los caminos del Señor. Pueden ir en paz. Amén.

Bob y Marley

Este mundo está esperándote, en tu sonrisa,
mi corazón se llena hoy. Mi cariño, eres la razón,
de todo lo bendito que hay aquí.

Ojitos claros, piercing en la nariz, cejotas, pelo en pecho y rastas. El varón era una mezcla de simio y ser humano, y si algo he aprendido en los documentales de Animal Planet, es que los monos se aparean todo el rato, así que este era un buen presagio. Me encantó desde que puse el primer pie en ese bar. Mijito rico —pensé—, le entregaría hasta el lagrimal derecho, que es prácticamente lo único que me queda casi virgen, le haría una canción, la sacaría en partitura en piano, se la tocaría mientras le bailo en pelota y después mandaría el video a *Pasiones* de Barbarita Rebolledo.

Estratégicamente, me senté de espaldas a él, para escuchar las cosas que hablaba y para que también me escuchara a mí. Por algún motivo, siempre cuando quiero llamar la atención de alguien, río harto, fuerte y agudo, como la risa de Viñuela, pero en versión genuina. Yo creo que a los hombres les gustan las mujeres que reímos fuerte porque se deben pasar rollos inconscientes de que una grita en la cama y está feliz todo el tiempo. Yo río fuerte solo cuando ando en fase de conquista o cuando estoy muy curá, situaciones que por lo general van de la mano y se repiten mucho. Y qué tanto, si igual grito en la cama más fuerte que olor a pata de mormón atacameño. Después de un rato me paré al baño para poder verlo de frente y pegarle una mirá a sus manos y así saber si estaba comprometido, y no, no lo estaba. Debe ser choro estar casada con un rastafari —pensé para mis adentros—, será entretenido nuestro matrimonio —seguí pensando más para mis adentros—, él querrá que todo en la ceremonia esté adornado verde, amarillo y rojo; esa será nuestra primera gran discusión.

—Olvídate, qué va a pensar mi familia, que no tengo voz, que tú llevas los pantalones; por favor, el día en que llueva piscola tú decidirás algo tan importante —diré.

—Pero si ahora yo voy a ser tu familia, esa es la opinión que más te debería importar —responderá.

A pesar de ser un muy buen argumento, yo no cederé e intentaré tener esa discusión cuando ande el conejo baleado, y así podré conectarme fácilmente con las emociones, y lloraré y lloraré y seguiré llorando hasta convencerlo. Pero sí lo dejaré usar boxers con sus colores de rastafari, pa' que no llore la niñita, pa' que no se frustre; con eso se tendrá que conformar. En el matrimonio me voy a curar raja y a él no le va a importar porque va a estar tan volao que se va a olvidar de que es nuestro matrimonio y pensará que es un invitado. Cuando termine el matrimonio yo voy a correr a sus brazos y saltaré a ellos esperando que me atrape y de ahí nos vayamos hasta la pieza del hotel. Saltaré, pero como él estará en la tercera luna de Júpiter no me alcanzará a atrapar y me sacaré la cresta y me fracturaré la muñeca, pero no lo notaré hasta el día siguiente porque mis niveles de euforia y adrenalina estarán por el cielo, sin contar lo curá hasta la médula que voy a estar.

Pero siempre me reprochará por no haber podido escoger los colores de nuestro matrimonio y me cobrará venganza, inscribiendo en el registro civil a nuestro primer hijo como Bob y a nuestra segunda hija como Marley.

Marley a sus seis años encontrará el estuche secreto donde su papá guarda la marihuana y lo llevará al colegio. Su profesora le preguntará qué es eso y ella responderá que es la hojita verde que fuma todo el día el papá para ponerse más alegre. Cuando le pregunten si su mamá también fuma de esa hojita verde, ella responderá que no, que su mamá toma más vino que Lázaro (va a ir a una escuelita católica) y que, por lo general, después de tomar hasta el agua del jarrón, empieza a bailar sola y se olvida de darle comida y la manda a hacerse un pan con mantequilla.

A los dos días llegará el GOPE a hacer un allanamiento a la casa y miembros del Sename a investigar qué pasa con los niños. Después de un par de juicios, nos quitarán temporalmente la tuición de ambos y se los entregarán a mi mamá. Me sentiré un completo desastre y lo culparé por todo. La María, que a esa altura del partido estará casada con el cura de la iglesia ortodoxa, nos invitará-obligará a asistir a un encuentro de matrimonios en el espíritu, esos encuentros-sectas donde todos lloran mucho-mucho-mucho y salen amándose más que nunca y prometiéndose cambiar todo lo malo. Él se cortará los rastas como símbolo de cambio y donará toda su ropa alusiva a la marihuana a los más necesitados. Yo dejaré de tomar tanto (ni en mis sueños dejo el copete, nica) y empezaré a usar faldas más largas para no tentar al pecado. Nos amaremos como hermanos, la frecuencia de nuestras relaciones sexuales descenderá considerablemente y, al cabo de un tiempo, terminaremos durmiendo en camas separadas.

Como nuestra frecuencia sexual disminuirá hasta el piso, pal' piso, pal' piso', pal' piso, to the floor, to the floor, to the floor, yo comenzaré a frecuentar sitios webs para tener encuentros sexuales sin compromiso y, en una de esas páginas, encontraré que él también tiene un perfil donde se promociona bajo el seudónimo de Pitoloco y en su descripción añade que está casado con una loca buena pal copete, buena pal carrete, y que necesita diversión momentánea. Yo me vengaré y haré un print pant de su perfil y lo enviaré a toda su familia y compañeros de trabajo. Por supuesto, él nunca sabrá que fui yo, se deshará en disculpas, pero será demasiado tarde, ya le habré tirado el anillo frente a los niños, traumando a ambos, quienes en su adolescencia no podrán tener relaciones estables y me culparán de todo. Yo, por mi parte, habré vuelto a las pistas, pero estaré demasiado vieja como para verme digna. Intentaré ir a las discoteques de moda y cuando me acerque a las barras no me preguntarán si quiero tomar algo, sino si busco a alguien o si estoy perdida, vieja cochina.

Entonces, salí del baño, volví al bar y, en ese instante de luz divina, supe que el rastafari no me convenía. Me di vuelta, lo miré fijamente y le dije que nuestros hijos jamás se iban a llamar Bob y Marley, que dejara de fumar marihuana porque estaba más tonto que paloma nueva y que se fuera a la cresta.

Uyuuuuuuui Martina en la pradera

Con Marquito nos conocimos en la capital, pero él era del sur. Era cabro bueno, Marquito. No vestía a la moda y hablaba cantadito. Saliendo del preuniversitario crucé por la feria artesanal que está frente al Santa Lucía y me preguntó si sabía dónde estaba el metro. Yo, ni tonta ni perezosa, le dije que lo acompañaba, que iba pa' allá mismo y no me costaba nada llevarlo. Él aceptó y, antes de salir de la feria, se detuvo en un puestito y me compró una pulsera de lana; era fea la wueá, bien fea, pero qué tanto. En forma de agradecimiento le di un besito en la mejilla, bien cerca de la boca, casi cunetiao, y él me retó; era bien caballero Marquito.

Nos vimos un par de veces más y, antes siquiera de pensar en tocarme una pechuguita, me pidió pololeo. Fue mi segundo pololo. Pero, como estaba de paso en Santiago, no tardó en volver a su casa en el sur. Todavía no había pasao na' ni na'. O sea, no había surtido el negocio, no había rellenado el pavo, no había pedaleado la bicicleta. Entonces, cada vez que hablábamos por teléfono me dejaba más caliente que aceituna de empaná, y no porque él quisiera hacerme la maldá o porque me dijera cosas cochinas, sino porque su forma de hablar era como de huaso de esos que aprietan fuerte y dominan a los caballos, de esos que en la cama son tan violentos que pareciera que te rompen la telita cada vez que te tocan, de esos que te hacen revivir la primera vez.

Pero un día me invitó a visitarlo al sur y acepté.

—Dile al chofer del bus que te bajas veinte minutos antes de llegar al terminal.

Ya, me tienes supercaliente, pensé.

—Bueno —respondí.

—Ahí vive don José, a él le preguntas cómo llegar a la casa de don Marcos.

Ya, ¿vas a atornillar el tornillo?, ¿vamos a rechinar el catre?, pensé.

—Bueno —respondí.

—Él sabe que vienes, quizá te invite a pasar; tú no aceptes, te va a obligar a cantar el gorro de lana, mientras toca guitarra.

Y partí poh. Mi familia ya había conocido a Marquito y, como de verdad era cabro bueno, no dudaron en autorizarme; total a esa edad ya tomaba pastillas, no había mucho que perder.

Me bajé veinte minutos antes del terminal y, tal como me dijo Marquito, llegué a la casa de don José.

—Hola, ¿usted es don José? Me dijeron que podía decirme cómo llegar a la casa de don Marcos —pregunté con treinta y ocho grados de fiebre uterina.

—Sí, señorita, pero pase. ¿Almorzó? ¿Quiere una copita de vino?

Se suponía que mi respuesta debería ser un no rotundo, pero una invitación a una copa de vino no se le niega a nadie.

Almorcé y me tomé la jarra de vino entera con don José mientras su señora nos servía. Don José se curó, sacó la guitarra y, antes de que pudiera empezar a cantar, la señora lo mandó a acostarse tratándolo de viejo borracho. Fue ella quien me dio las coordenadas de mi destino. Yo, curá, traté de entender sus indicaciones, pero era más complicá que profesora de Charlie Brown.

—Ya, ¿ve ese árbol grande que está allá? Por ahí no es. Tiene que doblar antes del árbol, donde hay unos arbustos que dan moras, ahí va hacia la derecha, y cuando empieza el camino enculebreao, usté camina hacia el cerro, ahí se da una vuelta de carnero —eso no lo dijo, pero era lo que faltaba—, estando ahí, mira hacia donde se pone el sol y va a ver la casa de don Marcos, es una casa blanca, pero no la primera casa blanca que se ve, sino la segunda casa blanca, una que tiene rejas blancas también, es entera blanca.

Alcancé a entender la mitá, pero preguntando he llegado a las botillerías más recónditas de Santiago, así que no me iba a perder. Iba re enchufá, y la fiebre uterina ya iba en cuarenta coma cinco. Seguí sus instrucciones, pero «ese árbol grande» se me perdió, porque eran todos grandes. Al cabo de treinta minutos ya me veía perdida, intentando sobrevivir como el náufrago, pintando mi mochila como Wilson, sacándome la muela con el encrespador de pestañas, haciendo señales de luz con mi celular, armando una carpa con hojas de árboles y comiendo hormigas.

—Marcooooooooo, ayudaaaaa, estoy perdidaaaaa —grité—. Marcooooooooo…

De repente, se sintió un pacatá, pacatá, pacatá, pacatá, pacatá, pacatá, y apareció Marquito montado a caballo.

La fiebre ya iba en cincuenta coma ocho, así que le pedí que en vez de mostrarme el camino enculebreao me mostrara la culebra, pero Marquito se negó, reventando en mil pedazos mi corazón, mi choricuáquer y mi termómetro.

Cuando llegamos a la casa de Marquito, la tía me tenía cazuela de una gallina que habían matado única y exclusivamente por mi llegada. Comimos y cuando se estaba haciendo de noche, cuando recién estaba apareciendo la primera estrella, mandó a Marquito a acostarse a la cama con su hermano chico y a mí me mandó a dormir a la cama de Marquito.

—Ponga los dos pestillos, mijita —fue su orden.

Y así pasaron los días, como si tuviese un cinturón de castidad, entre cazuelas y pan amasado.

Justo la noche antes de venirme, Marquito me dijo que dejara la ventana entreabierta y que esperara una señal, que me acostara con buzo, porque pasaría por mí. Mi misión era coimear de alguna forma al hermano chico para que no se fuera de tarro. Entonces, antes de dormir, me fui a despedir y lo amenacé:

—Si alguien llega a saber que el Marco no durmió contigo, me voy a encargar de que todos sepan tu secreto. Te estuve investigando y esos gustos no son de niñito, ¿entendiste?

Me miró con cara de culpa, yo lo miré seria y caminé hacia atrás sin dejar de mirarlo. Tonteras que una hace con tal de asegurar un buen polvo. Me acosté con buzo, no sin antes bañarme en desodorante, perfume y pasta de dientes.

Al rato escuché la señal: un silbido en la ventana anunciaba que tenía que moverme rápidamente, así que, cual Rapunzel, salté con buzo por la ventana. Luego nos adentramos en el bosque hasta llegar a una laguna. Si están imaginando un cielo estrellado donde puedes ver el reflejo de la luna en la laguna, están muy equivocados: la laguna estaba quedando seca, estaba full nublado y tenía más frío que Di Caprio en el *Titanic*. Pero era la última noche que estaría con Marquito en quién sabe cuánto tiempo. Tenía que aprovechar.

Encontramos un lugar más o menos plano. Sacó de su mochila una botella de enguindado que le peló al papá, y dos mantas, una para poner abajo y otra para taparnos.

Abre paréntesis. Si bien amé a mi primer pololo Igor con locura y pasión, a Marquito lo amé

con ternura juvenil, y esa ternura juvenil se entrega solo una vez en la vida, y es cuático que una vez que amas con ternura juvenil, después no puedes amar a nadie de esa forma, porque con el tiempo sientes que todos te miran como un trozo de carne, y es probablemente porque una también los mira así, como queriendo saber cuánto les pesa el huachalomo. Cierre paréntesis.

Abrimos el enguindado y nos abrazamos mirando el cielo asquerosamente nublado, yo tapá en barro, él fascinado explicándome cuál pájaro hacía tal o cual sonido. Nos tomamos el enguindado, nos abrazamos más apretaos y por fin me mató la gallina con su pájaro que no hacía ruidos como el resto de los pájaros. Volvimos a la casa, entré por la ventana, me acosté en su cama, me cerró la ventana por fuera y se fue a acostar con el hermano chico. Me sentí absolutamente enamorá. Al otro día tenía que tomar el primer bus con dirección a Santiago. Después de ese viaje, no nos volvimos a ver y no me contestó más el Smartcom polifónico.

Para que esta historia no termine triste, les quiero contar algo que me da mucha vergüenza o, quizá peor que eso, vergüenza ajena, o quizás incluso mucho peor que eso: lo que siento es autovergüenza ajena. ¿Saben por qué? Porque lloré, lloré escuchando y cantando «Otro día más sin verte», de Jon Secada. Y recuerdo patente haber estado en la ducha cantando-llorando con angustia a todo pulmón *Yaaaaaa, yaaaaaa, no puedo más, ya me es imposible soportar, otro día más sin verte, yo quieroooo estaaaar contigooooo*. Y por supuesto pensaba que estaba sola y que le podía dar rienda suelta a mi sufrimiento, pero de repente se abrió la puerta del baño y mi mamá comenzó a reírse a moco tendío de mi desgracia. Incluso, la muy mala madre se encargó de contarle a la María, y la María no tardó en difamarme con el mundo, y como los cahuines siempre crecen como espuma de jacuzzi de motel caro, cuando llegó a los oídos de Marquito ya el rumor iba en que me había intentado cortar las venas por amor. Me llamó preocupado y yo, como estaba picá, le dije que además de cortarme las venas había perdido al hijo que me engendró. Cuando caché que estaba llorando del otro lado del teléfono, le dije:

—No, si es mentira, pero es de maricones no contestar el teléfono, así que sufre.

Le corté y me fui a chupar por este pequeño triunfo.

Chubaca

A mí me gusta andar de pelo suelto,
me gusta todo lo que sea misterio… [pero ahí abajo
el pelo tiene que estar, al menos, ordenado.]

Chubaca tenía menos pelo que Jorge. Jorge sostenía esa idea neardental de que el cabello, en general, incluyendo el vello púbico, era sinónimo de testosterona. Yo, por más que intenté explicarle que se veía más feo que chino con rastas, no conseguí nada: sus pelos eran más importantes que yo.

Sin embargo, Jorge tenía otras virtudes: bailaba la raja y era capaz de mantener una conversación interesante con mi papá por un tiempo promedio superior al resto de mis parejas, y poder soportar más de veinte minutos de sobremesa con él sin empezar a poner caras de ya me quiero ir, era todo un mérito.

Un domingo, mis papás nos invitaron a almorzar. En eso estábamos, al calor del vino y con la membrana bucal ardiendo, cuando mi mamá y mi hermana me llevaron a un costado del patio, mientras Jorge entretenía a mi papá. Estaban ansiosas por preguntarme por él: «¿Le funciona?», «¿Cuándo se casan?», «¿Es tan príncipe azul como parece?». Las respuestas a todas sus interrogantes se reflejaban en mi semblante y en mi dificultad para caminar. Pero tuve que contarles el único problema que me molestaba: sus arbustos de abajo.

—¡Córtaselos! —dijeron a coro.

—Yo siempre se los corto a tu papá, lo hago cuando estoy aburrida —remató mi mamá.

Abre paréntesis. Mi mamá tiene una facilidad enorme para contar cuestiones que nadie quiere saber. Cuando tenía doce años, le pregunté si existían las mujeres que se besaban con otras mujeres. Su respuesta pudo ser «sí» o «no», sin embargo, como siempre, habló de más y me contó que en su juventud pinchó con una vecina y que no lo hizo por obligación, sino por placer. Trauma. Dejé de mirarla a los ojos por millón de años. Otra vez, en una despedida de soltera, empezó a hacer alarde de que mi papá lo tenía más grande que cabeza de enano, y que a veces le pedía que bailara el meneíto en pelota. Cierre paréntesis.

Con el pasar del tiempo, parecía que el pelo de Jorge, y particularmente su pelo de abajo, era cada vez más y más contundente: la wueá crecía como crece la maleza, y ya me estaba preparando para cuando saliera la flor de los siete colores de Angel.

Pero un día no aguanté más, me decidí y lo enfrenté.

—Jorge, ya es suficiente, acepto los pelos de tu guata, los pelos de tu cara, los pelos de tu espalda, de tu oreja, de rodilla, pero, por favor, por amor a Gillette, córtate los pelos del pico —exclamé.

—No, eso nunca —respondió—. ¿Sabes por qué? —prosiguió—: Porque vello púbico proviene de bello, de belleza.

Imagino que puse una cara de haber comido yogur de ajo, porque en el acto me ofreció piscoliar para hacerme la pata. Acepté, por supuesto, pero picá, picá, picá. Nos sentamos a la

mesa, puse música, y mientras él hablaba, yo todo el rato rumiaba en mi cabeza lo infeliz que me sentía al lado de ese huevón, porque, si no era capaz de cortarse los pendejos por mí, menos sería capaz de cuidar a nuestro futuro hijo ewok mientras yo me fuese de carrete.

Rumié, rumié, rumié, hasta que el celular agarré y a la María llamé. Estaba de fiesta, me invitó y accedí.

—¿Te vas a quedar acá? —pregunté.

—Sí —respondió.

—Yo saldré un rato, me voy a juntar con la María.

—¿Pasa algo?

—No, no pasa nada.

Agarré mis cuestiones, me pinté un poco, maté lo que me quedaba en el vaso de pisco, y salí. Llegué donde la María. Y rumié, rumié, rumié, a mi frustración invoqué, y lloré y lloré y lloré noche tras noche, caray noche tras noche, caray noche tras noche. En realidad, no, solo lloré un rato, pero la piscolita es un resbalín emocional, así que bastaron un par de minutos para que estuviera cagá de la risa olvidando el mal rato que había pasado con el Tío Cosa. Bailé, bailé, bailé, mi rabia olvidé y al taxi llamé. Tomé el taxi y, en un gesto genuino de amabilidad, buenas costumbres y ebriedad amistosa, piropié la foto que llevaba el taxista colgando en el espejo retrovisor.

—¿Son sus hijos? Se ven lindos.

—Son lindos, pero se portan tan mal *los pendejos*.

Cagué, todo mi esfuerzo por superar la idea de pololear con un mono se fue a la cresta. Llegué a la casa más enojá que soltera en boda ajena, y de pronto me encuentro con Jorge tirao en el sillón inconsciente: se había tomado toda la promo que quedaba. Entonces rumié, rumié, rumié, las tijeras agarré y los pendejos le corté.

Lo peor no fue tratar de eliminar toda la evidencia, sino que, al verlo depilado, todo peladito, lo comprendí. Se veía tan desvalido el pobre Jorgito. De estar acurrucadito en su fardo de pelos, pasó a la indigencia absoluta, era como un niño desabrigado un día de lluvia.

Al otro día, Jorgito cachó que me las di de peluquera y, de tan enojado que estaba, me terminó en el acto.

Rumié, rumié, rumié, las tijeras agarré y el pico le corté. No, mentira. Rumié, rumié, rumié, perdón, le supliqué y nada logré.

—Martina, estás completamente loca —fueron sus últimas palabras antes de pegar el portazo para ir a comprar cigarros y no volver más.

Si me van a tratar de loca, que sea con argumentos —pensé—, entonces, me metí de cabeza a la basura, agarré un par de pendejos e hice un muñeco budú que todavía tengo guardado; de vez en cuando le entierro una aguja en el pájaro para que sufra por no entender que el exceso de pelo en la entrepierna es una falta de respeto para nosotras, quienes sacrificadamente nos entregamos cada cierto tiempo en cuerpo y alma a la tía de la galería.

Doña Hortensia Leontina

Estaba muerta, no andaba de parranda…

Entré a su casa y quien se supone se iba a convertir en mi suegro estaba en la cocina. Lo saludé un poco nerviosa, me ofreció un té, pero preferí un vaso con agua para no incomodar; era mi primera visita. (Bueno, la verdad es que quería una piscola más grande que el Costanera, pero me aguanté.)

—Vamos al comedor —sugirió.

Usé el buenas tardes, muchas gracias, permiso, adelante y pase usted después de usted, todos los recursos básicos que alguna vez escuché del profesor Jirafales: tenía que saber impresionar como toda una buena cabra. Pasé al comedor y me senté en la silla más próxima a la puerta de la cocina. En ese instante, el suegro me pegó una mirá de persiana, miró a su hijo y murmuró con los dientes apretados:

—Pepito, dile que se pare inmediatamente de ahí, esa es la silla de tu mamá.

—Amor, venga, siéntese aquí más cerquita mío —dijo Pepe para arreglarla.

Me puse de pie con mi vaso de agua y empecé a cachar que algo andaba mal. Muy mal. La casa estaba tapizá de fotos de la mamá, quien estaba muerta, no andaba de parranda. La señora había fallecido hacía caleta de años, cuando el Pepe, mi pretendiente, tenía meses de nacido. La casa se quedó tal cual. Tenía tele sin control remoto, radiocasete, el cuadro del niño que llora y una vitrina con trofeos y medallas que ganó Pepito en sus tiempos mozos practicando karate.

—Pepe, hijo, por fin traes a alguien a casa, tu mamá estaría muy contenta.

Yo, cachando ni una, solo atiné a sonreír.

—¿Cierto, vieja? —preguntó el suegro al retrato en blanco y negro de la suegra fantasma.

Suegra fantasma poh, weón. En mi vida ya había tenido que lidiar con la suegra forever young, con la suegra que me quiso como hija, con la suegra que me comparaba con la otra, con la suegra culiá amargá y con la suegra que engañaba al suegro, pero nunca, nunca había tenido una suegra fantasma. El suegro siguió hablando distintas cuestiones y, cada cierto rato, volvía la cabeza hacia el retrato de la caída en desgracia, buscando su aprobación.

El Pepe me gustaba mucho, tanto, tanto, que en un minuto de la conversación me paré, tomé el retrato de la suegra y dije:

—Permiso, suegro, tenemos que ir al tocador a hablar cosas de mujeres.

Bueno, no fue tan así, pero hubiese sido buena idea. Hasta ese minuto de la conversación, no me sentía incómoda, muy por el contrario, sentía que tenía puntos a favor: si la suegra era un retrato, no había nada de qué preocuparse.

El suegro me servía y me servía más agüita, mientras al Pepe le brillaban los ojitos de amor por mí. Conversamos toda esa tarde y el suegro se notaba bien entusiasmado conmigo: cada vez que miraba el retrato de la suegra asentía con más alegría, como tratando de decirle que

había encontrado a la nuera ideal. Cada vez que cruzábamos miradas con el Pepe, él me guiñaba un ojo, como haciéndome sentir que estaba haciendo las cosas bien.

—Pepe, hijo, tráete ese vinito que tengo ahí en la vitrina, y de ahí mismo tráete tres copas, de esas de cristal que tienen borde de oro, las que usamos pal brindis de Año Nuevo, que hoy vamos a celebrar.

Como el Pepe sabía que yo era buena pal trago, me advirtió que en la casa no se tomaba nunca, así que no hiciera tal de hablar de mi gusto por un buen vino o mostrara mis talentos, como el africano o mi gran capacidad de nunca perder en la cultura chupística. Entonces, cuando el papá le pidió el copete, el Pepe se descolocó por un microsegundo, pero sonrió automáticamente.

Fue por el vino, lo dejó en la mesa y el suegro prosiguió:

—Martinita, hace mucho tiempo que el Pepe no traía a alguien tan dije para la casa. Si yo hasta estaba empezando a pensar que me había salido medio delicado; por eso quiero que brindemos, por usté y por haberse fijado en mi hijo.

Brindamos. Al rato abrió la segunda botella y, cuando los tres estábamos medio chambriaos, el suegro sacó diez álbumes de fotos más grandes que enciclopedias de historia universal. Empezamos a ver las fotos y, como a mí el vino me pone buena pa' hablar de más, partí el show:

—Era bien bonita su señora, ahora sé a quién salió el Pepe, de usté tiene lo caballero, pero la belleza la heredó de su madre, de eso no cabe duda, bonita la ropa de la señora también, tenía muy buen gusto —dije.

—Concuerdo absolutamente con usté, Martinita —dijo el suegro—, una pena que toda esa ropa haya quedado tirada allá en el dormitorio. —El suegro miró a la suegra con cara de incertidumbre y, después de un rato, le asintió—. Pepe —continuó—, tráete la maleta café que tengo en el clóset, esa que está arriba de la estufa a parafina.

El Pepe lo miró con cara de qué chucha está pasando aquí y me miró con carepánico.

Fue al dormitorio y trajo la maleta. El suegro puso la maleta en la mesa, la abrió y salió olor a azufre, a cadáver en putrefacción. Inhaló, como si se tratase del perfume de la suegra fantasma, y comenzó a sacar prendas de vestir. Conche-tu-ma-re, sáquenme de aquí, este caballero me quiere regalar esas pilchas, cagué, pensé.

Dicho y hecho.

—Mire, Martinita, usté que aprecia el buen gusto, ¿cómo se vería con este blusón y esta falda tres cuartos?

Yo parece que estaba más o menos curá, porque al final me pareció entretenido jugar a la fiesta de disfraces. Le seguí el juego, le quité la ropa, partí al baño y me disfracé. Salí, el Pepe se cagó de la risa, y al suegro le brillaron los ojitos: estaba absolutamente enajenado. Hasta ahí el juego estaba superdivertido, pero el suegro siguió sacando ropa y el olor a muerte se me estaba impregnando en la piel.

—Pruébese este vestido, pruébese este paltó, pruébese este gorrito; a ver, pose con este abanico, así como en esta foto. A ver, póngase esta plaquita. (No, eso no.)

Yo ya estaba chata de jugar a Halloween, porque, por muy curá que estuviese, ya estaba cansá de ponerme una prenda tras otra y salir a desfilar mientras un saco e' weas se reía y el otro viejo seguramente se imaginaba a su vieja y quizá qué rollos se pasaba.

Cuando me probé toda la ropa y ya no había más mono que pintar, el viejo me regaló una

chomba de la finá pa' que no me fuera tan desabrigá. Me la puse, medio a regañadientes, pero me la puse. Y por fin nos despedimos.

Al otro día tenía en el celular el siguiente mensaje del Pepe:

Mi amor, buenos días, partimos el día con el pie derecho, ¡te tengo excelentes noticias! Mi papá estuvo toda la mañana en el entretecho y encontró cuatro cajas con ropa de mi mami. Te esperamos pa' almorzar, mi modeloca.

Cambia, todo cambia, y así como todo cambia, que yo cambie no es extraño. Me cambié el nombre, cambié el teléfono y desde ese día no veo más películas de terror.

Suspiro limeño

Pues hagamos el amor por teléfono pe.

Era nuestro primer día en Lima. A decir verdad, no teníamos muchas expectativas. Pensábamos ir de feria artesanal en feria artesanal, comprando ropa recién cosida de lana de alpaca recién trasquilada, y después dejarnos caer en el bar del hotel. Ah, y, por supuesto, salir a tirar la caña de pescar, y llevarnos a alguien pal hotel o, en su defecto, tirar la malla de pescar y llevarnos a unos cuantos.

Básicamente, fuimos en calidad de turistas ya que agarramos pasajes baratos. Digo «fuimos» porque andaba con la María, con la pava María, con la pájara María, literalmente con ave María.

Nos bajamos del avión y tomamos un taxi hacia el hotel.

—¿Vienen de Chile, señoritas? —preguntó el taxista.

—Sí —respondí.

—¿Y les gusta Perú, señoritas?

Todo lo que yo conocía de Perú era lo que había visto en *Laura en América*, así que desde una ignorancia absoluta mi primera asociación con Perú era el carrito sandwichero; mi segunda asociación era el pisco sour y el ceviche, y mi tercera asociación era *Nuveluz*. Del resto, nada.

—Sí, hasta el momento se ve bonito.

—¿Usted sabe dónde están las mejores polladas pe, señito? —preguntó la María.

La María tiene el síndrome Bam Bam Zamorano: en cuanto sale de Santiago, empieza a hablar como autóctona. Fue insoportable la vez que pasó un fin de semana en Mendoza, porque anduvo como tres meses chillando como Rocío Marengo y viste, y boludo, y la concha de tu hermana.

—Sí, señoritas, si gustan las puedo pasar a buscar más tarde y las llevo donde está la mejor fiesta de la república independiente del Perú.

¿Estará Wendy Sulca feat Laura Bozzo?, pensé.

—Ahí está mi tarjeta: Otoniel Sueca —dijo el conductor.

Llegamos al hotel, descansamos un rato y bajamos al bar. Y así, pisco sour tras pisco sour, pisco sour tras pisco sour, quedamos las dos listas pa' la foto, así que en un acto de honra a la bandera decidimos salir a la conquista y hacer patria, gritamos un Ceaheí, bailamos una cueca, y como ni la María ni yo andábamos con la rojita, no esperamos más y llamamos a Otoniel, quien nos llevó a bailar a una picá en un sector bien bonito de Lima.

Tengo que admitir que desde el prejuicio pensé que serían todos bien feos, pero na' que ver. Hice un escáner del lugar y tiré la caña de pescar. Al rato picaron unos cuantos, pero no nos cayeron bien, next, y cuando ya estábamos prontas a abandonar el buque, cuando ya nos estábamos rindiendo, se me acercó Paolo Pe.

Paolo Pe impresionaba como un gran gentleman peruano. Conversamos un ratito y caí rendida ante su caballerosidad. Se ofreció a ir a dejarnos al hotel y aceptamos, lo invité a pasar, y

no aceptó. También nos ofreció hacernos un tour al día siguiente, y aceptamos; yo le ofrecí un tour por mi cuerpo, y tampoco aceptó.

Al día siguiente, Paolo Pe llegó tempranito con flores para la María y para mí. Durante ese día pagó todas las cuentas, incluyendo entradas a museos e invitaciones a comer. Me estaba gustando Paolo Pe y ya estaba olvidando mi meta de volver con más medallas que el gordito de UP: el gordito tierno que buscaba el cuervito cuervito cuervito. Lo quería a él, solo a él.

Durante toda la semana estuvimos juntos todos los días, nos llevó a todas partes y, cuando ya estábamos a punto de partir de vuelta a Chile, nos pasó unos ovoides y nos obligó a transportar droga, y así estuvimos de burreras durante un tiempo considerable; a la María se le reventó uno en un trayecto y su historia inspiró la película *María, llena eres de gracia*. No, mentira. Estuvo con nosotros siempre y el problema fue que, durante esos ocho días, me miró con cara de amor, me abrigó con su chaqueta cuando hacía frío, me dedicó dos canciones, me trató siempre de «usté». Es decir, me trató con respeto, pero nunca me faltó el respeto. O sea, me abrió la puerta del auto siempre y las piernas nunca. Y así, cuando se me estaba yendo la lengüita para su cuellito o la mano a su dedo sin uña, él me frenaba. Era muy caballero el Paolo Pe, era wueón de caballero.

Cuando nos despedimos, quedamos en seguir en contacto: me dio su Skype y me dijo que me llamaría.

Al cabo de un mes, Paolo Pe seguía en mi inconsciente. Incluso soñaba con él, y no eran sueños muy infantiles que digamos: soñaba que me saltaba en el lomo, que me rellenaba la papa y que me hacía arder el aji de gallina.

Una tarde de domingo, nos juntamos con la María y otras amigas a tomar cerveza y ahí les conté cómo me dejó Paolo Pe en Perú: más acumulá que gata de departamento en pleno agosto.

—¿Qué hago, voy a reventar? —les pregunté.

—Por Skype poh, Martina —fue el consejo de todas.

Con el pasar de la tarde y el correr de las cervezas, me hizo harto sentido la idea del Skype, y si ni tu padre ni tu madre te quieren conmigo, pues hagamos el amor por el teléfono.

Entonces, de vuelta al departamento, prendí el notebook, activé la cámara, me saqué los sostenes, busqué un ángulo que favoreciera a mis pechugas carentes de tamaño y simetría, abrí el Skype y empecé a llamar.

Ring, ring, ring.

Apareció Paolo Pe.

Aceptó la llamada.

Y, mientras se conectaba, me puse de pie sin sostenes y en calzones, puse una canción de Shakira, y comencé a bailar como odalisca: una solo puede bailar como odalisca si está curá. Como estaba de pie, no podía ver su cara, pero suponía que se estaba prendiendo y ya se habría quitado la polera. Sin embargo, bastaron cinco segundos de conexión para escuchar un grito desgarrado:

—Pero, Paaaaaaolo Pe, ¿qué está pasando?

Se desconectó de Skype, paré de bailar, me senté y vi el maldito «escribiendo» que aparecía y desaparecía, aparecía y desaparecía, hasta que por fin leí el primer mensaje.

Martina, estaba con mi mamá y mi hermana, les había hablado de ti y te querían conocer, te quise dar una sorpresa y la sor-

presa me la llevé yo.

No pude más de vergüenza, así que desinstalé Skype, me fui a bañar en cloro, me cambié el nombre, me fui a vivir a Filipinas, comencé mi proceso de transición hormonal para convertirme en hombre. Ahora soy Carlo, trabajo en la construcción y estoy casado con Andrea, un hombre transgénero. Estoy embarazado de Andrea y fui portada de diarios como el primer hombre en embarazarme: soy el guatón filipino.

Yo recomiendo Chile

En una aldea costera, de plomizadas arenas, vivía un viejo marino que me agarré. En realidad, no era ni viejo ni marino, pero sí vivía en una aldea costera. Se llamaba Óscar y lo conocí en unas vacaciones familiares. Fue como un amor de verano, pero en vacaciones de invierno. La idea de mis papás fue salir sin rumbo hacia el sur, dormir donde nos agarrara la noche y comer cuando nos diera hambre. Parecía que serían unas vacaciones entretenidas, pero fueron un real fiasco: como andábamos sin mapa, la noche nos pillaba en pueblos abandonados en los cuales con suerte teníamos una barrita de señal, por lo tanto con mi hermana nos veíamos limitadas a jugar carioca una y otra y otra y otra vez.

Lo bueno de los pueblos desolados es que no hay nada, excepto botillerías. Entonces, como la familia completa estaba frustrada, mi papá para tranquilizarnos en cada pueblo se rajaba con cerveza para mí, charqui para mi mamá y empolvados para mi hermana.

Las vacaciones iban planitas —mucho copete, mucha lluvia—, hasta que el auto cagó. Lo empujamos como pudimos hasta llegar a una aldea, ubicamos al mecánico del lugar y su diagnóstico fue lapidario:

—En un día se lo tengo listo. Mi mamá tiene una residencial, se pueden quedar allí.

Con mi hermana partimos a recorrer el pueblo y, si pensábamos que el resto de los pueblos eran aburridos, este superaba con creces la desolación de los otros: triste-triste-triste, más triste que el burro de Winnie de Pooh. Lo peor no era la tristeza del pueblo ni de su gente, lo peor era que de botillerías, nada.

A eso de las seis de la tarde, me vino a ver Olguita Marina y me empezó a faltar el aire. Debe haber una botillería, debe haber una botillería, pensaba para mis adentros.

—¿Hermana, acompáñame a dar otra vuelta? ¡Tengo que encontrar aunque sea unas uvas pa' sacar algo de vino!

Su respuesta fue un rotundo no, y tuve que partir sola.

Llegué a la plaza de Armas de la aldea: tenía una estatua, asientos, una iglesia y un par de almacenes cerrados alrededor.

—Hola, ¿saben dónde puedo comprar cerveza? —pregunté a un grupo de jóvenes.

—A esta hora difícil, anda y golpéale la puerta a la señora del almacén, es mi tía, quizá te abre y quizá tiene cerveza.

Toc-Toc-Toc.

Abrió el hijo de la señora y, gracias a la suerte del Divino Anticristo, no solo me vendió cerveza, sino que también me invitó a pasar, y un gorro de lana me mandó a tejer, para el duro invierno que vino a caer.

Tomamos cerveza, nos hicimos amigos y me invitó al día siguiente a comer con su familia.

Llegué entonces al día siguiente, comimos cazuela que hizo su mamá, tomamos más cerveza con sus primos y, en ese minuto, empecé a pensar que ese pueblo costero no era tan aburrido; al contrario, era el paraíso: cazuela, cerveza y hombrezuelos. El hijo de la señora del almacén estaba bien bueno, tú te ves bien bueno, los sobrinos de la señora también, o sea, tenía para regodearme y poder volver a Santiago al menos con una anécdota que contarle a la

María. Y, además, según pude sacar en limpio, estos pueblerinos dijes eran los dueños del pueblo: tenían más propiedades que el aloe vera.

¿Y si me quedo?, pensé. Podría estar con el hijo de la señora y engañarlo con algún primo. Total, si quedo embarazada de alguno son tan parecidos que nadie notaría la diferencia. También podría aprender a tejer y hacer calcetas de lana, calzones de lana, poleras de lana, vestidos de lana, mochilas de lana, cubrecamas de lana, manteles de lana, individuales de lana y condones de lana. También podría aprender a tallar en madera y hacer artesanías de madera, mesas de madera, sillas de madera y dildos de madera. Y después, por último, podría envenenar a la familia completa y quedarme con todo.

El primer paso para lograr mi cometido, entonces, era seducir a alguno de los chiquillos, así que me puse altiro coqueta con el hijo de la señora del almacén y, cuando caché que estaba nerviosito con mi presencia, que cada vez que me acercaba tiritaba más que condenado a muerte, le pedí que me hiciera un recorrido por el pueblo. Faltaban tres horas para la entrega del auto.

—¿Y conociste el estero? —preguntó.

—No

—¿Vamos?

—Ya, bueno, ya.

Y partimos solitos al estero. Estando allá, saqué todas mis dotes de actriz y me empecé a hacer la santiaguina tonta que no sabe cómo caminar entre las piedras y la maleza: *Ay, me caigo, ay, me tropiezo, ay, me voy a caer, ay, que alguien me ayude, por favor, ay ay ay, qué pena me da que se me ha muerto el canario*.

Me tomó al apa y, antes de que pudiéramos perdernos en el paisaje y cachimba-cachimba, escuché cuatrocientos bocinazos, volví la mirada hacia atrás, y era mi papá que estaba con una escopeta-fusil-torpedo-misil-nuclear tratando de dispararle al hijo de la señora del almacén (o quizás eso creí ver). Tuvimos que devolvernos, nos despedimos de besito en la mejilla y ni siquiera alcanzamos a intercambiar teléfonos.

A pesar de ser mayor de edad, a la vuelta me metieron a un claustro de monjas desde el cual escribo. Las hermanas religiosas no se imaginan que, cada vez que voy a rezar al oratorio en realidad estoy escribiendo *Relatos de una mujer borracha*.

3
LA MARÍA

La María y la Bestia

¿Por qué me siguen las mujeres?
¿Por qué si yo no tengo nada?

Como les comenté, la María se convirtió en una mujer bonita, más bonita que yo, y digamos que yo no soy la fea con la que todas se comparan para parecer bonita. Soy más bien promedio. La María es bonita, es una chica agradable, es una chica de cuerpo bonito, es una chica muy particular, a ella le gusta la música disco, con sus amigas ponerse a bailar. Pero cuando sale a bailar, todos quieren que mueva las caderas y ella no las mueve, al menos no las mueve con cualquiera. Ahí estábamos un día, ambas solteras, bailando solas en una disco. Hay oportunidades en las cuales una baila sola y no quiere que nadie la moleste, y hay otras oportunidades en las cuales una sí quisiera que la molesten y, como la ley de atracción funciona como las weas, esa noche queríamos que nos molestaran y nadie nos daba ni bola (y puta que queríamos bola). Bueno, entonces aplicamos el Plan B: seamos nosotras las jotes.

Empezamos a merodear a un par de hombres. Uno era bonito y otro feo. El bonito se fijó en mí. Yo venía de una seguidilla de muy malas experiencias, así que el bonito me cayó como anillo al dedo. Y también puta que me gusta el dedo.

—¿Bailamos? —le pregunté.

—Ya, pero que tu amiga baile con mi amigo.

La miré, le hice el gesto técnico y la María se hizo la desentendida. Me acerqué y dijo:

—Ni se te ocurra, Martina.

—Ya poh, amiga, prostitúyete un ratito, tú sabes que hoy por mí y mañana por ti. Una mano lava a la otra y juntas le corren mano.

—Ya, pero solo veinte minutos.

Veinte minutos de baile son seis canciones. A la quinta canción tendría que haber utilizado todas mis armas de seducción para que me pidiera por lo menos el número de mi celular. Y la verdad es que el feo con quien bailaba la María era bien feo, pero feo feo, como dicen las hermanitas Bolocco, de esos hombres que no quisieras tocar ni con un palo. Tenía los ojos grandes, la frente corta, el cuerpo de un niño de ocho años malo pa' comer, y vestía como profeta evangélico de la plaza de Armas. Sin embargo, tenía más carisma que Guillermo Sabor, alias Willy.

Mi hombre tenía el cuerpo trabajado, sonrisa perfecta, pelo desordenado, pinta de bueno pa' la fiesta, era perfecto; cuando lo miraba casi escuchaba el cantar de los pajaritos, pero, al cabo de veinte minutos, no había logrado nada. Así que miré a la María y no fue necesario solicitar extensión de plazo, porque ella estaba divertida con el feo y yo tenía la clara intención de seguir luchando por la atención del lindo.

—¿Vamos por un copete? —invitó el feo.

—Vamos —respondimos a coro.

El feo se rajó con una botella de champaña y wueás pa' picar, el lindo solo chupó y comió.

—Vámonos a un lugar más choro —sugirió el feo al rato.

—Vamos —respondimos a coro.

El feo se rajó con el taxi y la entrada para los cuatro a un lugar caro. El lindo se subió al taxi y entró al lugar sin poner ni uno. El lindo era pobre, más pobre que servilleta de fuente de soda. El feo tenía lucas, tenía más lucas que el ciclón millonario de Don Francisco.

Estando en el otro lugar, el feo se rajó con dos botellas más de champaña. El lindo se rajó con las ganas de chupar.

Seguimos bailando y tuve mi primer acercamiento romántico no romántico.

—¡Eres linda! —me dijo—. Tienes la misma sonrisa de mi ex.

Supongo que no fue un piropo muy asertivo, pero fue un piropo al fin y al cabo, así que arremetí de vuelta.

—¡Gracias! Tú también eres lindo, y no te pareces a ningún ex mío.

—¡Sí sé que soy lindo, pero gracias igual!

Miré pal lao y la María, entre risita y risita, ya estaba colgá al cuello del feo.

—María —grité, ya choreá con el lindo saco e' wuéas—, ¡vámonos! Estoy cagá de sueño y el galán ni un brillo.

—Martina, veinte minutos más, ¡acuérdate, hoy por ti y mañana por mí, y hoy día me toca a mí!

La miré y vi que en realidad lo estaba pasando bien, así que seguimos ahí hasta que cerró el boliche.

—¿Y ahora? ¿Dónde sigue la fiesta? —me preguntó la María, ya tomadita de la mano del feo cual quinceañera.

En ese minuto quise agarrarla de la oreja, subirla a un taxi y llevarla pa' la casa, pero tenía ojitos de amor y la María nunca tiene ojitos de amor. No me quedaba otra que apoyarla.

—¡Vámonos pa' tu casa poh, Martina! —exclamó la María.

Mi respuesta automática fue un no, porque la regla número uno —y única regla— de mi humilde morada, es que yo soy la única que puede tener sexo en ella, nadie más.

—No, no me gusta que vayan desconocidos a mi casa.

—Entonces ¡vámonos los cuatro a un motel! ¡Yo pago! —invitó el feo.

La María le estaba dando besitos en el cuello y el tipo le tenía una mano entre la cintura y el poto, así que supuse que la María quería estar ahí. Por mi parte, no me venía mal una destapá de cañería, así que miré al lindo y fue como, ya poh, vamos los cuatro.

Taxi. La María escoge el motel. La María no sabe de moteles. La María dice lo primero que se le viene a la mente. La María dice vamos al extinto motel Valdivia, que en ese tiempo no era extinto.

Llegamos entonces al Valdivia. A la María con el feo les dieron la habitación temática Vip Amazonas, y a mí con el lindo, la suit Fantasía Egipcia.

Con el lindo estábamos hechos unos estropajos, así que antes de alcanzar a hacer algo nos tiramos en la cama y roncamos. Roncamos hasta que despertamos escuchando los gritos de la pieza contigua: era la María que parecía una chancha pariendo una camada de treinta chanchitos perdida en medio del Amazonas. Me cagué de la risa, el lindo se cagó de la risa también y arremetió otra vez con el «tienes la misma sonrisa de mi ex». A mí no me importó. Yo estaba por primera y única vez en el Valdivia, quería guaraca y guaraca me dieron en el jacuzzi, en la

cama, en el suelo, en el reflejo del espejo, en el baño y el pobre quedó cual camello en pleno desierto pidiendo agüita y teniendo alucinaciones ópticas.

Al otro día, la María recordaba la mitad. Su versión de la historia era que la raptó Indiana Jones y se la llevó a los matorrales. Yo, en un acto de profunda amistad y para no cagarle la onda, le dije que sí nomás, que efectivamente se culió a Indiana Jones y no a la versión pasta-basera desnutrida del Jorobado de Notre Dame.

La María, Pepito Grillo Reconstitución de escena

—Oye, María, ¿anoche todo bien?, ¿por qué en mis últimos movimientos de banco hay un cobro de $16.390 en el Burger King? Parece que me clonaron la tarjeta, estoy más preocupada que mamá de torero.

—No, Martina, te las diste de millonaria otra vez e invitaste una ronda de hamburguesas a un montón de extraños.

—¿Y te invité a ti también?

—Sí.

—Entonces invítame tú a almorzar ahora, porque no me detuviste, mala.

—Sí te detuve, pero tú con hambre erís más porfiada que mojón en casa ajena.

Igual me invitó a almorzar y empezó la reconstitución de escena.

—Martina, hay algo malo que tienes que saber: anoche, antes de pasar al Burger King, le pediste al taxista que parara en una estación de bencina.

—María, no me interesa, no sigas, si no me acuerdo, no pasó.

—Martina, tienes que saberlo, por favor, escúchame. Paramos en la bencinera, te bajaste a comprar puchos, y parece que justo de los puchos que querías no tenían abiertos, entonces la niña que atendía sacó un cartón de cigarros de un mueble, y a ti te entró el diablo y, antes de que pudiera abrir el cartón, se lo arrebataste de las manos y saliste corriendo. Como si no fuera suficiente, de la vitrina sacaste tres superochos. Yo lo vi todo desde el taxi y, cuando te subiste, eufórica le dijiste al taxista que eras una delincuente profesional y que conmigo tenías una banda llamada Las Zorras Carretiás, y lo obligaste a salir rápido de la bencinera. Él, por supuesto, no te creyó absolutamente nada, pero le pareciste graciosa y te siguió el juego. Estabas vuelta loca y querías seguir haciéndolo en otras bencineras, pero ahí te tranquilicé diciéndote que iríamos a comer hamburguesas.

Yo no lo podía creer, pero no lo cuestionaba. Cuando empiezo a funcionar en piloto automático, a veces me entra el diablo, pero nunca me había entrado así, nunca había delinquido.

—¿Y los puchos, María?

—La mitad se los diste al conductor del taxi para pagar su silencio y la otra mitad la tengo yo. Martina, tienes que dar la cara, quizás a la niña que se los pelaste se los van a descontar.

—¿Estás loca? Lo hecho, hecho está.

Terminamos de comer y, de vuelta en mi departamento, empecé a sentir algo extraño, como un peso en la espalda mezclado con ganas de llorar y salir a correr: era culpa. Sentí remordimiento y, para callarlo, abrí una cerveza, puse música bajita, prendí la tele y estaban dando documentales tipo *Tierra Adentro*. En el documental estaban mostrando cómo las pingüinas que no tienen hijos les roban las crías a otras pingüinas y, en ese instante, cuando vi la cara de sufrimiento de la pingüina y escuché su grito de auxilio, fue cuando recordé parte de mi robo sin intimidación.

—¡No te los lleves, por favor! ¡Están robando! ¡Hay cámaras! —gritó la víctima de mi hurto.

Con-che-tu-ma-re. Eran eso de las siete, en tres horas más partirían las noticias, me imaginé en todos los canales con titulares del tipo:

SE BUSCA RATERA BORRACHA
NUEVA BANDA ORGANIZADA LIDERADA POR UNA FLACA SE DEDICA A ROBAR EN BENCINERAS
INEXPERTA LADRONA ESTÚPIDA GENERA PÁNICO EN
LAS ESTACIONES DE BENCINA DE SANTIAGO, DEJANDO
PÉRDIDAS MILLONARIAS

Pensé todo eso en la voz de Amaro Gómez-Pablos. Tenía que hacer algo para que mi imagen no apareciera en las noticias, tenía que hacer algo para que no pidieran recompensa por mi captura, tenía que entregarme…

Partí a la bencinera. Para mi pesar, estaba la pingüina a la que le había robado las crías, la vi desde afuera y tenía cara de pena, así que cabeza gacha me acerqué.

—Vengo a entregarme.

En cuanto me vio, cambió su semblante, se empezó a cagar de la risa a carcajadas y llamó al resto de los empleados.

—Flaca, ¿qué estás haciendo acá? —me preguntó.

—Me vine a entregar, vine a pagar por el error que cometí, no sé en qué estaba pensando, yo no soy delincuente, pero cuando tomo me transformo en otra persona, y esa persona, al parecer, delinque.

Se siguieron riendo y el administrador me invitó a pasar al lugar donde estaban las cámaras. Le puso play a una pantalla en blanco y negro, y comenzó la acción.

El video marcaba las 5.18 de la madrugada.

Se abre la puerta y entra una flaca entaconá caminando como bambi, pintarrajiá como travesti de circo pobre y mirando al techo identificando las cámaras. Se pasea por un par de pasillos y tiene el primer lanzazo: un turrón de chicles a la cartera.

—Ahí gritaste «No estoy robando por si acaso». Todos te miramos e hicimos como que no escuchamos nada; queríamos ver hasta dónde eras capaz de llegar.

Ahí la flaca abre un agua mineral, se la toma casi al seco, la bota a un basurero y se acerca a la caja, sostiene una conversación con la vendedora, la vendedora saca un cartón de cigarros, la flaca tiene un momento de lucidez y le arrebata el cartón, mientras con la otra mano toma un puñado de superochos, sale corriendo y se le cae la mitad de los superochos. Los empleados están tan cagados de la risa, que no son capaces de moverse.

—Cuando saliste corriendo, no pensamos que ibas a lograr escapar, esperábamos que te cayeras…, si estabas raja, no te podías ni el poto. Acá tenemos un margen de pérdida por robo y, como nos hiciste reír, no se le descontó a nadie.

—¿O sea que no saldré en las noticias, no iré presa a Guantánamo? ¿Existe Guantánamo? —pregunté avergonzada.

—Por ningún motivo, pero aprovechando que estás acá, tienes que pagar.

Pagué, tiramos la talla un rato y me dejaron invitada a carretear, no sin antes regalarme un superocho por mi honestidad. Dios, espero que hayas visto que reculé, si no lo viste, no te preocupes, hay un video que puedes pedir en la bencinera.

4
FAMILIA

Alexis

Mi mamá tiene una prima que se casó con un boliviano. Se conocieron allá, se casaron acá en Santiago y se establecieron en Antofagasta. Tuvieron dos hijos y, cada dos o tres veranos, venían a Santiago y se quedaban con nosotros. Sus hijos eran de esos pendejos viejos chicos que no quebraban ni un vaso, hablaban correctito, pronunciando todas las eses, y saludaban y se despedían de todo el mundo como si fuesen niños de palacio; a ellas les besaban la mano derecha, y a ellos les daban un fuerte apretón con la mano derecha, mientras ocultaban la izquierda en sus espaldas.

Dejaron de venir a Santiago cuando se perdió un reloj de mi papá que encontramos en su maleta; eran gatos de campo. Mis últimos recuerdos de los niños se remontan a mis tiernos trece añitos, cuando tenía esas pechuguitas que parecían cuescos de palta, cuando aún no era preocupación ni el sostén ni la depilación. Años gloriosos.

Cuando venían, mi obligación era cuidar al más chico de los niños. Alexis tenía siete años y yo aceptaba cuidarlo siempre y cuando invitaran a la María para que pudiéramos jugar a la niñera. Y como el cabro era callao y feo, y con la María nos creíamos malas, le pintábamos los labios y lo vestíamos de niña o le pintábamos bigote y barba y lo vestíamos de hombre adulto mayor. Y así hasta que nos aburríamos. Luego lo mandábamos a sacarse el maquillaje y se iba a acostar.

Cuando se develó el robo del reloj, ellos se excusaron diciendo que debió ser un malentendido y, sin que nadie los echara, se fueron la madrugada del día siguiente. El problema fue que desmantelaron la pieza en la que se estaban quedando: con cuea dejaron el soquete de la ampolleta los ladrones culiaos.

En fin, no volvieron a aparecer nunca más, y mi mamá, que no pierde oportunidad para cahuinear, se encargó de difamarlos frente a la familia completa: le faltó poco para inventar que casi nos asaltaron con metralletas y nos maniataron. Y como los cahuines funcionan como jugar al teléfono, la noticia en efecto llegó hasta el último pariente, quien —como todos— terminó creyendo que incluso corrió sangre en una especie de robo organizado.

Con el paso de los años, esa familia desapareció del mapa y nadie nunca supo de ellos. Bueno, casi nadie.

Cachen que estábamos en un bar de mala muerte con mis compañeras celebrando que nos íbamos a titular de la U. De repente, se me acercó un pendejo bien mino, me tomó mi mano derecha y la besó. Yo, sin cachar ni una, le seguí el juego y le pasé la otra pa' que me diera un beso también. Me detuvo y gritó:

—¡¡¡Martinaaaaaaaaaaa!!!

—¡¡¡Síiiiiiiiiiii!!!

—¡¡¡Buenaaaaaa, tantos añooooooos!!!

En mi cabeza pensé que mi pesadilla se estaba haciendo realidad: que en alguna de las tantas apagás de tele me había acostado con el pendejo, que me iban a llevar los pacos cual Paul Schäfer, que me darían cadena perpetua, y que me tendría que casar con la macho del pabellón

de mujeres en la cárcel. Sin embargo, el completo desconocido, al ver mi cara de incertidumbre, continuó:

—Alexis poh, de Antofagasta.

Lo primero que hice instintivamente fue dar un pasito hacia atrás, guardar mi celular bien guardado y sacar de mi billetera todo el efectivo y fondearlo en la barba de mi sostén. Después, volví mi mirada hacia él y lo saludé cordialmente preguntando qué fue de la familia, si los habían expulsado de la vecindad por rateros o si se habían unido a Alí Baba. A decir verdad, eso hubiera hecho mi mamá en mi lugar, yo simplemente lo saludé y le pegué una mirá de persiana: lo único que quedaba de ese pendejo feo que travestíamos con la María, era el pronunciar bien las eses, del resto ni vestigios. Me empezó a zapatear la Martinita.

Seguimos conversando de nuestras vidas. Después de aquel verano se habían ido de Antofagasta a Bolivia con lo puesto, y allá comenzaron de cero. Ahora, diez años después, Alexis había ahorrado lo suficiente como para venir a probar suerte en Santiago y ahí estaba, en mi mismo bar, celebrando la firma de un contrato de trabajo. Bailamos un rato y, cuando caché que Spiniak me comenzaba a poseer con mensajes del tipo «Vos dale nomás, si con pelito no hay delito», preferí detenerme y, por si acaso, preguntar su edad.

—18, ¿cierto?

—No, 17, pero cumplo los 18 mañana.

—¿La dura? Bacán, o sea hoy día a las 00.00.

—Sí, hoy día a las 00.00.

Los planetas se habían alineado de manera tal que convirtieron al primo feo en mino, lo pusieron justo ahí en mi camino y ad portas de cumplir su mayoría de edad. El chancho estaba tirado, así que chanté la moto y empecé a bajar la rapidez del consumo de alcohol, ya que de lo contrarío querría consumar algún encuentro de carácter sexual antes de las 00.00 y, además de ser delito, sería pecado y yo le tengo más miedo a Dios que a la ley. Copetiá pero no muerta, lo invité a la terraza del bar pa' mirarlo con más luz y certificar lo que mis ojitos creían ver y, efectivamente, Alexis había mejorado considerablemente y mis posibilidades de comer pastito tierno esa noche con el avanzar de los minutos eran cada vez más grandes.

Abre paréntesis. Es cuático que a los cabros chicos de hoy en día no sé qué les estarán dando de comer. Cuando una tenía 15, 16 o 17, los niños de nuestra edad tenían cuerpo de bailarina de ballet clásico, cara de pajeros y cero experiencia en las lides de la seducción. Las únicas mujeres a las cuales sabían cómo tocar eran a las Walkirias de sus cartas Mitos y Leyendas, y cuando más se excitaban, era cuando les salía una carta holográfica en sus sobres de Pokemon. Ahora, es que la cagó, una va subiendo las escaleras del metro detrás del poto de un mino potón y al llegar arriba cachái que va con el terrible uniforme escolar y te sientes con placeres culposos. Cierre paréntesis.

Volviendo al bar, cual año nuevo, contaba los segundos hasta que llegaron por fin las 00.00. Invité a mis compañeras a cantar cumpleaños feliz. Él andaba con dos o tres personas más que, una vez que cantaron, lo abandonaron y se quedó con nosotras. Al rato, también se fueron mis compañeras y, apenas estuvimos solos, nos plantamos el terrible pato con lengua. Saqué el freno de la moto y le di rienda suelta a mi sed, también dejé que Martinita se entretuviera y, al son del reggueton, perriamos sin miedo, chocando los huesos hasta el menos dos.

En un acto de confianza, le conté que después de los veinte nunca atiné con hombres menores que yo, y él, pa' dárselas de canchero, queriendo darme a entender que la edad no es expe-

riencia, me agarró de la cadera, me llevó a un rincón oscuro y quemamos ropita (a esta altura del libro, ya parezco pirómana habiendo quemado tanta ropa, pero es que me gusta mucho-mucho). La verdad es que me sorprendió, aperrao el cabro chico. Sin embargo, la sorpresa vino después, cuando, en una quemá de ropa medio intensa, caché que se le estaban poniendo los ojitos blancos, se le estiraron un poquito las piernas y, literalmente, se fue a buscar otros horizontes. Me dijo entonces que lo estaba pasando superbién, pero que era tarde y, sin mayor despedida, agarró sus cosas y emprendió rumbo desconocido.

Esa noche iba sin expectativas y fue una sorpresa encontrarme con alguien que pensé nunca volver a ver. Fue una sorpresa mayor ver las vueltas que da la vida y que el cuento del patito feo existe. Fue una sorpresa agradable también cachar que no es tan malo agarrarse a un jovencito de vez en cuando. Pero la sorpresa más importante fue que, al llegar a mi casa, y específicamente en el momento de pagar el taxi, caché que el carerraja se había dado el tiempo de meterse en mi billetera en una de mis idas al baño (durante la cual se supone cuidaría mi cartera), ¡y me había robado todo!

Moraleja, cabras: a buey viejo, pasto tierno, aprovechador, eyaculador precoz y ladrón culiao.

Génesis

El verano de 1995 mis papás atravesaron por la primera de las tantas crisis matrimoniales que recuerdo. Para solucionar sus diferencias, planificaron vacaciones; hablaban de aviones, playa y diversión. Recuerdo que eran mis últimos días de clases de primero básico y yo dibujaba a Minnie Mouse arriba de aviones, bañándose en la playa y jugando con Mickey. Iba a ser el verano perfecto, y digo *iba a ser el verano perfecto* porque no lo fue; no me iban a llevar.

Ahí descubrí que lo que una piensa no siempre se hace realidad, y también descubrí lo agradable que es tener un mundo paralelo, donde una hace, deshace, pide y rabea sin que nadie se entere. Usé por primera vez ese mundo paralelo a mi favor: mientras mis papás dormían, tomé las tijeras y pelé a mi mamá. Con la misma tijera, le corté todos los trajes de baño a mi papá. No podrían dejarme sola, no podrían ir de vacaciones. Si yo no podía tener playa, aviones y diversión, ellos tampoco podrían. Disfruté mientras lo pensaba y mientras lo planificaba. Pero los papás son los papás y, sean como sean, uno los respeta. No hice nada.

Lo que sería playa, aviones y diversión se convirtió en cemento, micros y esclavitud infantil. Me dejaron al cuidado de la tía Génesis. La tía Génesis fue y sigue siendo un ejemplo a seguir. La tía Génesis fue y será una gran mujer. La tía Génesis es la génesis de mi amor al trago. Pero al principio era lo peor de la existencia: me hacía lavar los platos, planchar la ropa, hacerle la cama.

—Martina, hija, trae la botella que está encima de la mesa, en la cocina, y acompáñame a comprar —exclamó la ogro, desparramada en el sillón.

—Tía, no la alcanzo. No quiero ir a comprar.

—No te estoy preguntando si quieres ir, te estoy diciendo que traigas la botella. Súbete al piso —insistió la ogro.

—Ya, tía, acá está la botella.

—Ahora, tráeme la chauchera que está encima del velador —solicitó la ogro mientras se transformaba en morsa.

—Ya, tía, acá está la chauchera.

—Ahora baja, cruza la calle y tráeme una cerveza —balbuceó la morsa.

Bajé, miré a los dos lados de la calle, crucé, entré a la botillería y, en ese instante, supe lo que era el amor a primera vista. Esa botillería en particular era una especie de árbol navideño. Paredes llenas de colores, olores y botellas que brillaban con luz propia. Entregué la botella de vidrio, y el caballero de la botillería no me cobró, metió una botella nueva en una bolsa negra, sacó un cuaderno, anotó el nombre de mi tía y me dijo que cruzara rápido. Yo me quedé con la plata.

Mi tía se sentó, abrió la botella de cerveza, se sirvió un vaso y estuvimos toda la tarde sentadas viendo *Marrón Glacé*. Durante esa tarde, la morsa-ogro dejó de ser tan morsa-ogro. Era más como la Minnie Mouse de mis dibujos: no hablaba nada, tenía movimientos seductores y se reía harto. Cuando terminó *Marrón Glacé* se tomó el último vaso de cerveza, se lavó los dientes, se perfumó y al rato llegó mi tío. Tomaron once y se acostaron a dormir.

Así fueron todos los días que siguieron. Todos, excepto el último día.

—Martina, hija, ¿sabes guardar secretos?

—Sí, tía —respondí.

—Bien, trae un vaso, pero trae un vaso chico.

Traje de la cocina un vaso mediano, me sirvió cerveza y, a diferencia de lo que le pasa a la mayoría de los niños cuando prueban el copete, a mí me encantó. Fue una explosión de sabor en mi boca, fue un arcoíris. Le pedí más y no me quiso dar. También me pidió que no le contara a nadie, y así fue.

Dejé de odiar a mis papás por el abandono, porque era yo la que tenía el sartén por el mango, era yo la que tenía un secreto maldadoso culposo.

Crecí admirando a la tía Génesis, quien en secreto mantenía una doble vida. Nadie suponía que detrás de esa mujer aburrida y estable emocionalmente, había una mujer que cada tarde se tomaba un litro de chela viendo la teleserie de turno. Nadie, excepto yo. Desde ese verano del 95 comencé a disfrutar las visitas a la casa de la tía. Las disfrutaba tanto como disfruto hoy en día ir a meterme a un bar y dejar la cagá después de tomarlo todo.

Alicia

En todas las familias hay secretos y mi familia no es la excepción. Dicen que hay genes que pueden ser recesivos y se saltan una generación, como el color de los ojos o el color del pelo. En mi caso fue el gen de la locura. El secreto, que cada cierto tiempo sale a flote en rumores de pasillo, es que mi abuela en su juventud se enamoró de un payaso de circo y, en un arrebato de pasión, dejó su trabajo y se fue de gira con el circo durante dos años por Chile, Argentina y Brasil. Nadie sabe si es verdad, solo que en su velador tiene una nariz de toni y que le tiene una fobia inexplicable a las cabritas y a los algodones de azúcar. Uno de sus hijos, mi tío Mauri, siempre que se toma un par de copetes empieza a soltar papitas de lo ligerita de casco que era mi abuela.

Una vez nos contó que mi abuela trabajaba en una empresa, y que esa empresa había organizado un viaje a Cartagena para celebrar el fin de año. Estaban entonces en una micro saturá de empleados y empleadas, con sus respectivos hijos e hijas, incluido mi tío. Entonces mi abuela, tempranito, ya iba pará en el pasillo contando chistes, bailando, tomando navegado y mostrándole los hombritos a uno que otro colega. Al llegar a Cartagena, mi abuela habría conocido a dos supuestos «nuevos amigos» y se habría perdido entre las rocas durante un par de horas. Era coqueta la vieja.

—Cuando mi mamí apareció entre las rocas —me dijo mi tío Mauri—, venía medio chascona y atrasito venían los dos amigos. Se sentaron a mi lado y me ofrecieron huevos duros y palmeritas, imagino que para que me quedara callao y no le dijera nada a mi papi. Esa tarde, mi mami cada cierto rato iba y venía de entre las rocas, y parece como que se olvidó de mí, porque no me puso bloqueador y volví lleno de ampollas a Santiago. Mi mami era supersimpática y encachá, mi mami tenía el cuerpo como de una sirena.

De ese cuerpo curvilíneo poco queda. A eso de los cincuenta le diagnosticaron osteoporosis y los años se encargaron de hacer lo suyo: se achicó al nivel de su canasto de feria, se jorobó y se ensanchó. La menopausia también se llevó parte de su vitalidad, y mi abuelo siempre se quejaba de que, desde que le bajó la producción de estrógeno y progesterona, dejó de ser tan caliente.

Mi abuela Alicia actualmente mide fracción de metro. Sería ciega de no ser por sus lentes que tienen un aumento que ya se lo querría el observatorio Tololo. Se entretiene viendo el matinal de Polito Ramírez y, a veces, por no decir siempre, pelea con la tele y con los veredictos de la jueza. Gasta toda su pensión solidaria en ropa de cama y conservas. Y cada cinco años cambia su obsesión: si antes fueron toallas y ropa de bebé, paños de cocina y champú, ahora son faldas y ampolletas ahorro de energía.

El último Año Nuevo, a eso de las 22 hrs., nos sentamos a la mesa, y sus ojitos brillaban de alegría cada vez que alguien se servía una copita de borgoña y le piropeaba la receta.

—Martina, vaya más lento, ve que si se acaba tendré que hacer más.

—Abuela, es que está exquisito, está pa' chuparse los bigotes. Y tú sí que sabes de bigotes, porque ya ni te depilas.

—Bueno, no importa, tome nomás, yo puedo hacer más y si se acaba otra vez vuelvo a hacer

todas las veces que quiera.

Una siempre quisiera hacer feliz a la abuelita, y yo sé que ella disfrutaba al vernos tomar su brebaje, así que tomé y tomé. Tuvo que hacer más, y volví a tomar, y volvió a hacer y así. Ella estaba en un júbilo constante mezclando vino tinto, frutas en conserva y azúcar, y yo ya estaba pa' jubilarme esa noche.

Llegaron las doce, abrazos, y a bailar a bailar, a celebrar un año más que se va, cuántos se han ido ya, son quince, son veinte, son treinta.

Ese Año Nuevo sería un año nuevo familiar, así que además de bailar con los primos, no tenía otros panoramas. Y lo malo es que cuando bailo sin coquetear me aburro rapidito, así que a eso de las dos ya estaba bostezando sentá en el comedor apoyando mi cabeza en el hombro de mi abuela.

—Abuela, ¿te hago una pregunta?

—Dígame, hija.

—Qué hay de cierto en lo que cuenta el tío Mauri, de que antes de ser mamá te fuiste de gira en un circo por Chile, Argentina y Brasil porque te enamoraste de un payaso.

—¿Qué cree usté, hija?

—No sé en realidad.

—Es mentira, porque fue Chile, Argentina y Paraguay, no Brasil como cuenta el hocicón del Mauri. Pero le pido un favor, Martinita, quiero que quede entre nosotras, a tu abuelo nunca le conté la verdá y el Mauri se enteró porque leyó una carta que una vez me mandó Edgar, quien no era payaso, sino trapecista.

—Abuela —le dije—, ¿y alguna vez saltaste del trapecio?

—No, Martina —respondió—, esos años salté harto, pero no precisamente en el trapecio.

Ese Año Nuevo los planetas se alinearon. Yo dejé de sentirme sola en la familia, porque había alguien que estaba más cagá de la cabeza que yo. Como mi abuela me dejó la vara alta, a partir de esa festividad me dedico a acumular pelás de cable para contarle a mis nietas. Mínimo espero poder contarles que dejé a alguien plantao en el altar, que le pegué a alguna suegra y que me metí con un político corrupto a quien le tomé fotos pilucho y las subí a internet por fresco.

5
LOS ACONTECIMIENTOS ACONTECIDOS ACCIDENTADOS

Vieja descriteriá

En una de mis salidas sola, sentada en la barra del bar, llegó a mi lado la Josefina. Señora Josefina. Apenas la vi, sentí ganas de hablar con ella: vieja chora, vieja extravagante. Tenía aros de calaveras, unos mechones de pelo decolorados, chaqueta de cuero, botas y la cara más arrugá que boleta de motel.

—Hola, ¿te molesta si me siento acá? Háblame de ti, bella señora, háblame de ti y de lo que sientes, háblame de ti y de tus silencios, háblame de ti y de tus amantes.

Estuvimos conversando tres horas con Josefina, quien era un monumento al descontrol de impulsos. Había estado casada tres veces y las tres veces terminó por lo mismo: se agarró a combos con sus respectivos maridos. Si bien me contó que se pegaron entre ambos, asumía haber sido ella quien ganó los tres rounds, vanagloriándose orgullosa de una cicatriz en su puño derecho, cual medalla.

Josefina no tuvo hijos y durante su vida tuvo trabajos esporádicos que le permitieron jubilarse anticipadamente y vivir sin preocupaciones en un departamento ubicado en el barrio Bellas Artes que le ganó después de largo juicio a su primer marido. Comía habitualmente en la Vega central, vestía prendas estrambóticas compradas en Bandera y era clienta premium de los bares más populares de Santiago. Al menos eso me hizo creer.

Durante las tres horas de conversación me mantuvo con las parabólicas puestas en su discurso y, con el avanzar de la noche y el correr de los tragos, me fui en la paranoica nivel Dios mío santo, sus apóstoles, los tres reyes magos y los animalitos del arca de Noé.

Quizá Josefina en realidad soy yo del futuro y vengo a darme un mensaje: que chante la moto, que pare de tomarme hasta la humedad de las paredes, que me detenga; es una mentirosa, malvada y peligrosa, yo no la puedo controlar, pensé.

La vieja se parecía a mí. Yo igual he tenido trabajos esporádicos, probablemente también algún día me separe y me vuelva a casar, y siempre he tenido una fijación por las calaveras. Todo calza. Ya convencida de que Josefina era mi yo del futuro y, con la paranoia por el nivel del cielo, empecé a mirar a mi alrededor: el bar estaba vacío, salvo el barman, que era un viejo con caremarciano, cuerpo de marciano y actitud de marciano. Entonces me empecé a peñizcar las piernitas para saber si estaba en un sueño o en la realidad misma. Y no, no era un sueño.

Curá, le mandé un mensaje de texto a la María diciéndole que la quería muchísimo-muchísimo, que estaba atravesando una experiencia paranormal nivel bicicleta voladora de E.T., que quizás había llegado el momento de partir a otra dimensión desconocida, pero que estaba bien, que no se preocupara, que la cuidaría desde el más allá y que si algún día tenía sensación de persecución caminando en la oscuridad de la noche, no sería porque un psicópata o alguien le quisiera hacer daño, sería yo intentando cuidarla.

Abre paréntesis. A menudo fantaseo con el momento de mi muerte. Es un pensamiento recurrente en mis noches de insomnio. Mi veredicto es que quisiera morir en los brazos de un galán, agónica, con la respiración entrecortada, pidiendo que me cremen, tiren las cenizas en Bellavista y, si queda algún cartílago, que lo metan a una botella de pisco y se lo coma alguien

valiente cual gusano de tequila. Mis últimas palabras serían «El teso… el te… el teso… el tesoro… e … e … e … es … es …. está … en tu poto». Cierre paréntesis.

Volviendo al bar, ya estaba entregada por completo a mi actividad paranormal, sintiéndome absolutamente especial de haber sido escogida por seres superiores. Pero, de repente, en un abrir y cerrar de ojos, la vieja desapareció, se fue sin pagar y me estaban cobrando sus tragos. Yo, por supuesto, intenté explicar mi versión de la situación. El problema fue que mi versión de la situación era absurda y poco creíble:

—La señora que estaba sentada acá a mi lado, era mi yo del futuro, por eso desapareció.

Ahí la cosa se puso fea: el barman me amenazó con la fuerza policial y yo, entre medio curá y medio asustá, empecé a buscar en mi cartera si tenía más plata. Después de todo, si era mi yo del futuro supuse que era lógico que pagara por las dos. La sorpresa fue que, en un momento de desesperación, miré la copa de la vieja y debajo de ella había dejado la plata de lo que había tomado. Y en la servilleta, que estaba al costado, había un mensaje que decía: «Gracias por escucharme, Martina. Atte., Martina». No, mentira, pero a veces cuando estoy aburrida cuento la historia así. La verdad es que la vieja se fue y dejó lo justo, yo le puse la propina. Seguramente está muerta, porque nunca más la vi, así que esto es una especie de homenaje póstumo a un monumento de mujer. Josefina, espero ser como tú algún día, excepto por la cicatriz en el puño —ahí te fuiste al chancho, vieja descriteriá.

Los cochinos

Estar curá en un club donde bailan los cochinos debe ser más o menos como estar en el Cielo; de repente te haces amiga de todas quienes, tal como tú, empiezan a aplaudir y a aplaudir cada vez más fuerte para que se abran las puertas de San Pedro y comiencen a salir esos ángeles celestiales que menean la raja enmascarados y dejan poco a la imaginación.

Ahí estaba yo, aplaudiendo en primera fila.

Abre paréntesis. Quisiera mencionar lo estúpida que es esa parte de la infancia en la cual eres bacán si sabes hacer el «aplauso matemático». Es impresionante la cantidad de neuronas que una utiliza en aprender y memorizar weás, que por supuesto jamás utilizarás en la vida real, esa que tiene bailes y cochinos. Cierre paréntesis.

Ahí estaba yo, aplaudiendo emocioná, cual cierre de Teletón con meta lograda. Salió el primero y, por supuesto, mi reacción fue volverme más loca. Curá en mi máxima expresión, me ofrecí, porque soy una verdadera santa, en sacrificio como voluntaria para presenciar en primera persona del plural ese cuerpecito desnudo.

Me sentó en la silla, me bailó y, absolutamente contra mi voluntad nublada, me obligó a correrle mano. Las niñas gritaban como queriendo darme ánimo ante tal sacrificio. Después de haberlo manosiao bien manosiao, mis niveles de adrenalina bajaron hasta el piso y, cual droga, fui por más. El problema estuvo en que, antes de ofrecerme en sacrificio por segunda vez, pasaron quince minutos en los cuales me tomé todo y empezó el piloto automático: de ahí pa' delante, amnesia.

Al otro día, desperté en mi cama medio confundía. Agarré el teléfono y tenía ciento quince mensajes en un grupo de whatsapp. La foto del grupo era mi cara y mis manos tocándole el boxer azul brillante escarchao a un tipo musculoso. El resto del contenido fue de mal en peor. Había al menos veinte videos de alto contenido erótico-ridículo que se encargaban de recordarme lo mal que me había portado la noche anterior. ¿Me veía feliz? Sí, y muy feliz. ¿Me veía linda? Sí, y muy linda. ¿Me veía obligada? No, para nada. ¿Me veía digna? No, en absoluto.

Ver esos videos me produjo vergüenza y un poquito de depresión posmaraca, pero, sobre todo, me sentí sucia, sucia como la ropa interior del Chavo del Ocho, como conciencia de Karadima. El lado positivo es que me sentí flexible. Cachen que en uno de los videos el bailarín me tomó de la cintura y me hizo girar cuatro veces, me dejó de cabeza en el suelo y me volvió a girar hasta quedar de pie, ahí me tiró al suelo y, ándate cabrita, saltó sobre mí con su niño, como niño hiperkinético que salta sobre cama elástica. En fin, quería llorar por lo que había hecho, por la caña moral, así que en un acto de madurez absoluta, comencé el rito de limpieza. Tomen nota, no hagan esto sin supervisión de un adulto.

Paso uno: llena la tina con agüita hirviendo y báñate en cloro (solo una gotita, más de una gotita puede ser peligroso). Esto te ayudará a sentir que estas matando el 99% de las bacterias. Paso dos: es transcendental que la tina esté llena de agua para que te puedas sumergir; pones tu mano en tu frente, y sumerges con fuerza tu cabeza hacia atrás, como si fuera un bautizo evangélico. Eso ayuda a sentir que estás renaciendo, que estás partiendo de cero. Paso tres: con un jabón nuevo, empiezas a jabonar todo tu cuerpo, en especial las zonas afectadas

por el pecado. Es como hacerse un peeling bien ordinario, tan ordinario como asistir a una ceremonia de inauguración de un sistema de alcantarillado. Paso cuatro y final: agarra medio kilo de sal, échalo al agua y prende un incienso o una vela en nombre de María Magdalena. Eso no sé de qué sirve pero le da el toque místico, y misticismo no puede faltar en los ritos.

Listo, tu cuerpo está impecable, puedes volver a caer en el pecado. Limpiar la conciencia es algo más complejo; ya hablaremos de eso.[1]

Greenpeace

Siempre después de una cita penca viene un profundo momento de introspección. ¿Seré yo, señor? ¿Acaso llegué tarde a la repartición de estabilidad amorosa? ¿Estaré muy hedionda? Ahí iba yo, pateando piedras con la vista fija en el suelo, camino al metro Baquedano, después de un fallido intento de conquista en un bar de Bellavista. Me sentía patética. Hacia mi dirección venía un tumulto de gente bulliciosa gritando sin sentido, tenían pancartas en sus manos y, a medida que se acercaban, aceleraban el paso. Dios me escuchó y envió en mi salvación una tropa de ángeles subeautoestima. Sus carteles decían «Voh dale, Martina», «Aguante el choricuáquer», «Todos estamos contigo». Eso pensé hasta que noté que no se trataba de una tropa de auxilio, y me sentí doblemente patética; incluso, mis ojos se comenzaron a llenar de lágrimas. Para mi pesar, al levantar la cabeza, una de las tipas de la tropa no tropa subeautoestima, tomó mis manos y comenzó a gritarme y a repetir una y otra vez un gentil:

—Chúpalo, conchetumare.

—¿Y a quien vení a tratar de conchetumare? —le dije.

—Chúpalo, tonta, el limón.

Ahí entendí del todo que el grupo no era de ángeles, sino de animalistas, y además mis lágrimas no eran de pena, sino por las lacrimógenas. Estaba en medio de una marcha. Si seguía caminando en dirección al metro, probablemente me mojaría un guanaco, me atraparía un carabinero y me meterían presa. La mina tenía dos pancartas, una con la cara de un panda llorando y la otra con un elefante con cadenas. Le pedí la del pandita, que era menos agresor.

—¿¡Y de qué es está wueá!? —grité.

—Por los animales que sufren, y los circos, y el maltrato, y la contaminación del medio ambiente, y las empresas que venden pollos, y las farmacéuticas que experimentan con chanchos —gritó de vuelta.

Chucha, eran tantas cosas. Pensé entonces en preguntarle si también podríamos incluir un par de peticiones personales, como la incorporación de la depresión posmaraca al Auge o la cura para la fiebre uterina,[2] pero preferí callar y unirme a los gritos de los animalistas.

Al rato ya había olvidado la cita fracasada y me sentía parte de algo más importante, sentía que mi vida tenía sentido. La gente gritaba eufórica y, como los gritos de las protestas se aprenden más rápido que coro de iglesia, al rato ya estaba gritando:

—¡Tienen derecho y no tienen voz, marcha por ellos de corazón!

Por primera vez en mi vida sentí que estaba haciendo algo bien. Y empecé a alzar la pancarta con más amor del que sentía Laura —la gordita de *Carrusel*— cuando se le declara a Cirilo.

—¡Y tú! ¿Cómo te llamas? —gritó la nueva amiga pacifista del limón.

—¡Martina, compañera! ¡Marchemos! —respondí.

A medida que la marcha avanzaba, caché que las bombas lacrimógenas y el escándalo no eran solo por los animalistas, sino que había una serie de protestas que no tenían nada que ver con nosotros. La verdad es que los animalistas no eran más de quince pelagatos.

—¡Y tú, Martina, qué bacán que adhieras a los derechos animales!

—¡Sí poh! Me encantan los perros y los gatos.

A decir verdá fue una respuesta políticamente correcta, porque me gusta comer carne animal, me encantan las parrilladas, me encantan los completos, me encantan los nuggets de pollo, los tutos de pollo, el pollo al velador, el huachalomo, el huacho al lomo y que me den guaraca en la cucaracha. Pero estaba ahí y estaba entretenida, así que mantuve silencio respecto de mis gustos personales.

—¿Vamos por una cerveza? ¡Aprovechemos de celebrar que la marcha fue un éxito! —dijo uno de los animalistas.

Y nos fuimos a meter al mismo bar en el cual había tenido la cita fallida; yo accedí a ir para reconciliarme con el lugar. Llegamos y empezamos a tomar. Yo ya andaba un poco enchufá, así que me pedí altiro el happy hour de pisco. La conversación era supermonótona. A decir verdá no era una conversación, sino como estar viendo un capítulo de *Animal Planet*: pura exposición, lateros los animalistas, fomes como carta de sushi.

Además de la lata que me estaban dando, me empezó a dar hambre y yo con hambre no soy muy simpática, y preferí pedir algo para comer, algo poco, una chorrillana para que compartiéramos.

Además, los huevos no son animales, son huevos nomás, y chorrillana sin carne no es chorrillana, pensé. Cuando llegó la chorrillana familiar, yo esperaba ser galardonada como la nueva amiga más paletiá del mundo. Pero pasó todo lo contrario: me apuntaron con el dedo índice y me sentenciaron a cargar una cruz por todo un vía «cursis». La gente me gritaba cosas, como carnívora insensible, caníbal y come gatos. Quizá no fue tan así, pero así lo viví, porque después de mirarme con cara de decepción, se pararon, se fueron y me dejaron sola con la chorrillana familiar. Yo, cual Ana Rosa, me comí la chorrillana completita como ballena come krill, me tomé mis piscolas rapidito como cacha de conejos, caminé a mi casa con el rabo entre las piernas como perro castigado y dormí plácidamente como koala agarrá a la almohada.

Ese día aprendí que una no se tiene que esforzar por ser alguien que no es, y no lo digo por los animalistas, lo digo por mi cita anónima. Al cabro le había dicho en el chat que medía metro setenta y nueve, que había sido Miss Chile y modelo de *Sábado Gigante*. Yo creo que eso le molestó, porque, antes de terminar su copete, se paró y me dejó sola.

La Come Mocos. El reencuentro «La venganza se sirve en vaso de piscolita»

Cuando la Come Mocos se fue de cuarto medio, nunca me quedó claro si se fue por el rumor que sembramos o por otras cuestiones fortuitas. Ya adultas, nos volvimos a encontrar en la barra de un bar.

—¿Y a ti cómo te ha tratado la vida, Martina? Por lo visto, no muy bien, ¿o estoy equivocada?

Claro, ella se había operado las pechugas, se había casado con un abogado y ya tenían su primer hijo. Lo había tenido hace menos de dos meses y ya estaba regia. Vestía taco alto y usaba un vestido que por lo bajo le debe haber costado gamba. En cambio, yo estaba terminando la universidad, andaba con zapatillas y jeans, y no había logrado estabilidad financiera ni mucho menos amorosa.

—Me ha tratado bien, fíjate —le respondí—. Sigo siendo amiga de la María, ¿te acuerdas de ella? Tú eras bien pesá cuando éramos chicas, ¿te acuerdas que una vez me pegaste un chicle en el pelo?

Ambas reímos fingiendo recordar el pasado sin rencores y, como la conversación siguió palos para allá y palos para acá, no estuvimos mucho rato más juntas y volvimos cada una con sus grupos de amigos respectivos.

En un segundo momento, ya curá, nos topamos en la pista de baile. La vi y en fracción de segundos recordé todas las veces que la Come Mocos me tiraba papeles, me daba vuelta la mochila y me desconcentraba cuando disertaba. También recordé cuando molestaba a la María por no tener papá, por ser un poco feíta en ese tiempo y cuando le puso peos alemanes en la silla en que se sentaba. Me dio rabia, mucha rabia. Pero me aguanté, porque había que madurar. Pero, de repente, siento un golpe y me caigo con todo mi copete en la pista de baile. La Come Mocos me había hecho una zancadilla y ahora se estaba haciendo la tonta.

—¡Oyeeeeee! —grité y me acerqué al grupo de los amigos de la pérfida—, ¿sabían que a esta le decíamos la Come Mocos cuando éramos compañeras en el colegio? —y grité más fuerte—. Pero no le decíamos Come Mocos por los mocos de la nariz, sino porque le chupó el pico al Germancito en tercero medio, al más horripilante del colegio, que era más feo que aborto de bruja.

La Come Mocos agarró sus cosas y salió del lugar. La mitad de los amigos me trató de estúpida, pero la otra mitad me encontró divertida y se rieron de la historia. Misión cumplida. Nunca olvidaré la expresión de la Come Mocos y mi sensación de justicia: salió corriendo más sudá que cacha de guatones. La venganza se sirve en vaso de piscola.

Federico

Cuando el Igor me dejó, me volví loca de amor, me chalé, me sentí sola, sola, sola en el olvido, sola, sola con su espíritu, sola, sola con su amor el mar, sola, en el muelle de San Blás. Se me escaparon los enanos a lo más profundo del bosque, tuvieron sus propias familias y de vez en cuando me mandaban cartas para recordarme que no volverían más. Se me desparramó el rebaño, me faltaban los palos del puente, el mismo puente y el paisaje del puente.

Y como la culpa fue del beso, del primer beso, me asexué por un tiempo considerable, me cerré a cualquier posibilidad de conquista y, como la tentación está a la vuelta de la esquina y yo no quería saber de amores, me encerré en mis cuatro paredes en volá depresión a comer chocolates, potes de helado y a ver teleseries venezolanas.

Cuando decidí volver a las pistas, quise hacerlo paulatinamente y, para no caer de nuevo en la tentación, a Sodoma y Gomorra, me inmiscuí en el mundillo gay.

Toda buena borracha tiene la obligación de tener un amigo gay, y no me refiero a la caricatura barata y burda de Tony Esbelt, a quien por cierto repudio, sino más bien me refiero al gay resuelto, ese gay a quien quisieras dar vuelta y sabes que no podrás, y no podrás por la sencilla razón de que ambos gustamos de lo mismo. El gay resuelto goza de buen sentido del humor, de una capacidad increíble para hablar hasta los codos y, sobre todo, de un superpoder para hacer que absolutamente nada le importe.

Tenemos que admitir que la mayoría de las minas, cuando vamos a bailar, bailamos preocupadas, estamos pendientes del mino, de la adversaria, de que no se nos suba mucho la polera, de vernos minas y, en realidad, ser así es una soberana estupidez. Pero eso no ocurre en una disco gay. Allí bailas bailas sin pensar, bailas bailas sin parar, bailas y no piensas en nada más. Otra cosa que debemos admitir es que en la disco gay la música es años luz más entretenida. Los héteros tenemos una fijación de mierda con el hit de moda y así vamos matando canciones por saturación, porque las escuchamos una y otra y otra y otra vez, y las bailamos una y otra y otra y otra vez, que nadie se entere a escondidas devorarnos de placer.

Mi amigo gay, Federico, ha tenido relaciones esporádicas con minos muy minos, y no hago el énfasis en lo mino para hacer uso de la típica queja de soltera heterosexual de que todos los gays son minos, porque eso es mentira: los gays no son una secta, son humanos comunes y silvestres como tú y como yo, con pifias en la cara como tú y como yo, y con rollos en la guata como tú y como yo.

Uno de sus minos, Danilo, era full romántico y siempre le regalaba chocolates. Eso a mí me daba alegría y pena, y cuando la pena cae sobre mí, el tiempo deja ya de existir, miro hacia atrás y busco entre mis recuerdos y aparece el maricón culiao de Igor que me regalaba chocolates también, pero ya no.

Volviendo a mi época de asexuada traumada y a mi maratón de fiestas gays, precisamente el día en que estaba cansada de menear la coneja con niños que gustan de niños, se me acercó un niño a preguntarme si gustaba de niños o niñas.

—Niños —respondí desesperá.

—Bacán, a mí también me gustan los niños, pero las niñas también —gritó de vuelta.

Peor es nada, pensé para mis adentros, y comenzamos a pinchar.

Íbamos bien, pero el problema fue que después nos fuimos a sentar, él puso su cabeza en mi hombro, me abrazó y comenzó:

—Gaia, qué manera de bailar, te morí lo cansado que estoy; mina, bailas como las diosas.

Trató de darme un beso, pero le chanté la moto, porque caché que el pelo le estaba llegando al suelo con la soltá de trenzas.

—Gaia, es que tu pelo, qué onda lo mina que te veías en la pista de baile, te pasaste, eres igual a Kylie Minogue.

Ahí me terminé por convencer de que algo andaba mal (ojalá me pareciera a Kylie Minogue) y lo frené.

—Oye, ya, no me gusta que jueguen conmigo, ¿te gustan las minas o no?

—Sí, pero más me gustan los hombres —respondió con la mirada fija—; ese que está ahí es mi ex y me terminó por una mina, puto. Quiero sacarle celos.

Si hay una cuestión que no tolero, es sentirme utilizada. Así que le dije que me diera un beso, pero un beso violento, que se tirara sobre mí. Lo hizo y en cuanto se tiró encima lo empujé, le pegué una cachetá y empecé a gritar que me querían violar. Salí corriendo, crucé la calle y me metí a una disco heterosexual. Esa noche me agarré a toda la discoteque.

No se puede corregir a la naturaleza, palo que nace doblao jamás su tronco endereza.

Suricata voladora

A veces, cuando estoy con mis amigas que tienen hijos, empiezo a pensar en lo linda que debe ser la vida rodeada de tanta alegría e inocencia. Después empiezo a calcular cuántas piscolas debería haber dejado de tomar para comprar el chalequito de ese niño, la muñequita de esa niña, pagar la sala cuna de esa guagua que llora y llora y llora, y como que de pronto me dan ganas de entrar al baño y hacerme un nudo ciego en mis trompas de falopio.

Y, por favor, no piensen que estoy en contra de la maternidad, es más bien que me siento absolutamente incompetente para muchas de las funciones propias de la crianza. Para lo único que soy buena es para hacer mamaderas.

Para las desentendidas, la mamadera de una borracha es una integrante más del taxi camino a la fiesta. Es prácticamente esa amiga enemiga que quieres mucho, pero al mismo tiempo te tienes que encargar de aniquilar. La mamadera básicamente es reunir todos los conchos de lo que quede antes de salir a bailar, unificarlos en una gran botella, y llevarla para el camino.

Otras cuestiones propias de la maternidad con las cuales no sabría cómo lidiar, es dar pechuga, porque, a pesar de que a la fecha he dado harta, nunca me ha salido leche y debe ser raro.

En lo que soy experta es en hacer feliz al niño, y mi secreto para mantenerlo contento es innovar constantemente en el ring de cuatro perillas. Para eso uso la personificación, particularmente la personificación animal. Los pasos son muy simples. Tomen nota. Primero debes elegir a un animal y luego otorgarle una cualidad humana. Por ejemplo, la suricata voladora es una posición sexual que consiste en pegarte al hombre en el acto sexual cual suricata buscando alimento entre el pasto, e imaginar que se acerca un depredador. Entonces, bruscamente, te despegas del hombre, como lo haría una suricata del suelo y, automáticamente, te inclinas en posición vertical y empiezas a girar el cuello hacia la derecha y la izquierda alternadamente, con actitud de alerta. Finalmente, empiezas a saltar como si quisieras volar y, claro, como eres suricata, no podrás volar, y eso te frustrará y te hará querer saltar con más y más ganas. Orgasmo seguro.

La personificación animal la descubrí con un alucinao que estudiaba teatro. Ese fue su único legado en mí y, si bien la suricata voladora es mi cartita segura bajo la manga, también inventé otras.

La jirafa afiebrada. Cuando estés a punto de gritar el viva Chile, tiras y estiras tu cuello al lado del cuello de él y emites el sonido que emitiría una jirafa con fiebre. Tienes que ensayarlo antes, para que salga lo más real posible.

La mantis religiosa candidata a presidenta. Te persignas con el nepe y después das una conferencia con pasión de candidata, como intentando convencer al mundo de que eres la mejor. Esta tiene dos niveles. El nivel principiante es una persigná en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, todo esto en la frente; y el nivel avanzado es con una persigná por la señal de la Santa Cruz, de nuestro enemigos líbranos señor, Dios nuestro.

La serpiente anciana que juega Nintendo. Lo miras con mirá de serpiente, ojos penetrantes y nada de pestañeo, moviendo la cola como si tuvieras un cascabel, y le agarras el manguaco

como si fuera un joystick que ocupa una vieja que no sabe jugar Nintendo, que lo mueve de un lado a otro y que no cacha cómo funciona y por eso empieza a apretar los botones con rabia. Quizá no le va a gustar, quizá le va a doler, pero en el dolor también hay placer.

La marmota sorda. La marmota es pajera, entonces, te tienes que entregar absolutamente y sin reparos cual muñeca erótica. Con la mirada perdida en el infinito, empiezas a gritar, gritar y gritar. Y como eres sorda, imaginas que nadie te escucha, por lo tanto tus gritos no deben tener límites. A los hombres les gusta que una se entregue por completo y, para qué estamos con cosas, a nosotras a veces también nos gusta hacer nada y que ellos lo hagan todo.

La venganza de la pingüina emperatriz. El contexto es que te robaron los huevos, no sabes quién fue, pero tienes que recuperarlos a como dé lugar. De repente los encuentras, y la única forma en que sabes que no volverá a suceder, es guardándolos bien guardados donde mejor te acomoden. Una vez dentro, no los dejes salir por ni un motivo. Anda mucho depredador hambriento.

Fiesta de disfraces

—¿Vamos a una fiesta, amiga? Me enteré de que va tu ex con la polola nueva. Yo creo que es una buena oportunidad para que él vea que lo superaste —dijo la María.

—Buena idea —dije.

—Pero es de disfraces…

—¿Y de dónde querí que saque un disfraz a esta hora, weona?

—Inventa algo poh, Martina.

—Ya, improvisaré.

Traté de envolverme en confort, de armar algo con un par de cajas, rompí una sábana pa' ir de fantasma, me puse mi túnica de confirmación, hasta de hombre me intenté vestir con un par de prendas que había olvidado un tipo en mi departamento, pero nada, no me sentía cómoda.

Estuve a punto de desistir, pero de pronto se me prendió la ampolleta. De maraca poh, Martina, anda de maraca, pensé. Por supuesto que no me iba a dar el cuero para ir de maraca Platinum o maraca Passapoga, pero sí para ir de maraca Bandera, de maraca bien pobre, de maraca casi travestida.

Me pinté el tonto lunar, compré un par de chicles y me conseguí una peluca rubia con un moño para el lado, un abrigo blanco de piel, un vestido cortito, unos zapatos de taco largo y una cartera enana donde llevaba mi carnet, preservativos a la vista y plata.

Cuando llegué a la fiesta, nadie preguntó de qué me había disfrazado, todos preguntaban cuánto cobraba. Lo había logrado.

Por supuesto, no podía ser una noche normal. El saco e' weas de mi ex iba de John Travolta y ella de Olivia NewtonJohn. Ardí en pica, porque se veían bien, y porque alguna vez habíamos quedado en que esos serían nuestros disfraces.

Ya avanzada la noche, con bastantes copas de más, empezaron los concursos. Reventar el globo, chupa y sopla, cultura chupística y, obviamente, el mejor disfraz.

Era de esperar: la primera weona sobre el escenario, bailando sola, era yo. Se subieron cuatro minas más, una de ellas era la polola nueva: Olivia. Era mi oportunidad. Yo estaba metida en el personaje de maraca, así que a esa altura ya tenía a todos los hombres comprados con piquitos: a los tres reyes magos, al Súper Mario, al cura, al hippie y hasta a la mina que se disfrazó de hombre.

Acto seguido, una completa ovación a mi disfraz. Estaba tan contenta que agarré el micrófono, me bajé los calzones y empecé dale que dale. No, mentira, eso no.

Tomé el micrófono y, según cuentan, grité:

—Este premio está dedicado a mi ex, que me cambió por esa maraca real, porque esa sí que es maraca, esa se metió entre nosotros y por eso me dejó. Que sean felices y que en el consultorio les traten las infinidades de venéreas que deben tener.

Ovación total. Yo, por supuesto, al otro día recordaba un décimo de todo lo sucedido. Son recuerdos que una quisiera olvidar, pero cuando se acerca Halloween, cada timbre en mi

puerta y cada niño disfrazado se encargan de recordarme que tomar y disfrazarse no van de la mano.

Relatos de una mujer borracha

—Martina, me cuesta concentrarme en tus dificultades para tratar de ayudarte, por favor, intenta hablar de tus dificultades en la sesión, no de otras cosas —partió el psicólogo.

—Oye, pero cómo quieres que te hable en serio si de verdad te encuentro mino y me pongo nerviosa, sé que lo nuestro es imposible pero déjame al menos coquetearte un poco.

—Ves, Martina, a eso me refiero cuando digo que con tu forma de ser intimidas a los hombres, las mujeres cancheras nos dan miedo a la mayoría.

—¿Me tienes miedo? ¿Imagínate si apago la luz y me saco la ropa? Te mato.

Ambos reímos y comenzamos a hablar en serio. Como mi mamá no me mandó al psicólogo cuando chica, los problemas fueron creciendo, se fueron potenciando y cuando caché que en realidad estaba empezando a rayar la papa, para hacerles puré de papa a mis amigos imaginarios, decidí comenzar un tratamiento con un muy buen loquero.

—Martina, tú deberías hacer algo, tú tienes un talento, no sé, inventar canciones, inventar juegos, ¡escribir! ¿Has probado escribir?

—Solo para mis adentros, loquero, solo en mis agendas y cosas.

Puso cara de pensativo y terminamos la sesión. Ese día, yo también quedé pensativa, pero, más que pensativa, quedé prendida, de verdad es que le tenía ganas al psicólogo. Entonces empecé a llamar a mis capillas, pero ninguno contestó.

Llegué a mi casa, abrí una botellita de algo, no recuerdo de qué. Prendí el computador para psicopatear, pero me empecé a encontrar con puras fotos de guaguas, de matrimonios y de la misma weona de siempre que sube doscientas selfies diarias como si su cara cambiara mucho durante el día, un asco. Facebook ya no es lo que era, pensé; antes la gente escribía más, ponían cosas graciosas, pero ahora era como un muro de los lamentos.

Y si hago una página, ¿de qué puede ser?, pensé, quizá de chistes cortos, quizás un anecdotario anónimo, quizás una página con mis propias anécdotas. ¡Sí, eso!

Busqué una imagen, armé un fanpage, y llamé a la María para contarle y para que compartiera un estado; yo no lo haría, quería mantener mi anonimato. Nació así *Relatos de una mujer borracha*. Acto seguido, uno de los capilla me llamó y lo cité a las 21 hrs. Luego me llamó otro y le dije que viniera a las 22.30. El problema era que el de las 22.30 se adelantó media hora, entonces tuve que armar un cahuín con el primero.

—Me acaba de llamar un primo que viene en camino, algo malo le pasó, te tendrás que ir —le dije al capilla numero uno.

(Estoy con un primo, pero está por irse —le escribí un whatsapp al capilla número dos.)

Entonces, cuando entró el capilla número dos y saludó al capilla número uno, les dije despacito mirando al suelo:

—Te presento a mi primo.

Rapidito abrí la puerta, acompañé a capilla numero uno afuera, me despedí de un besito, cerré la puerta y agarré con el otro.

Al otro día, cuando desperté, el primer post de *Relatos de una mujer borracha* había sido visto por quinientas personas, y seguían sumándose.

Y, gracias a ustedes que lo leyeron, me cambió la vida, no porque dejara de ser loca, sino porque caché que somos muchas las locas. El loquero me dio de alta como a las dos semanas, tuve dos capillas que se hicieron amigos y a los cuales bauticé Primo 1 y Primo 2, y empecé a escribir *Relatos de una mujer borracha*, una historia que va a continuar, y no te lo digo yo, sino el barman que en este momento me está sirviendo una piscola porque tengo ganas de celebrar.

Y un último comentario, antes de empezar la conquista. Aprovechen sus talentos y sus cuerpos, porque cuando seamos viejas, y nos andemos meando solas, no podremos ni escribir, ni tomar, ni correr mano. Salud.

Anexo 1

Cómo superar la depresión posmaraca

Hagamos un poquito de historia. La primera depresión posmaraca vino con el «qué wueá hice» que se mandó Eva después de morder la manzana. Porque, claro, hasta ese minuto Adán era el weón que la acompañaba y andaban a raja pelá pero no se calentaban tanto porque ya estaban acostumbrados a verse en pelota, pero después de la manzana todo cambió. ¿Y quién tuvo la culpa? Ella poh, la mina, la que por tentá no pensó dos veces lo que hacía.

Entonces vinieron los remordimientos culposos que te amargan y hace que te cuestiones tu existencia. Y así nos fuimos llenando de culpas cada vez que, por caer en la tentación, nos mandamos cagás que, dependiendo de su intensidá, nos mantienen desde días, hasta meses o incluso años pensando en lo poco precavidas que fuimos.

Siempre he pensado que debería existir una ONG que se encargue de organizar jornadas grupales de superación de depresión posmaraca del tipo *hola, soy Martina y vengo aquí porque ayer me metí con alguien en el baño del lugar en el que estaba, estuvo rico, muy rico, también nos cuidamos, pero era mi profesor y estábamos en el break de clases*. Sería un grupo en el cual solo nos escucharíamos hablando pescás como en el Senado.

Después de haber perdido la cuenta de mis depresiones posmaracas, después de incluso pensar que la pena sería crónica, creo haber encontrado la cura, no sin antes haber probado distintas alternativas de solución como doparme en ansiolíticos, confesarme con el curita o intentar hacer como que nada pasó.

Nada de eso funcionó hasta que un día desperté en mi cama con un weón del que poco recordaba y empezó el remordimiento. ¿Por qué, Martina? ¿Por qué tan suelta otra vez? Ayer nomás habías cambiado las sábanas y ya las contaminaste en pecado. De la situación, los recuerdos eran vagos, solo sé que mi departamento estaba impregnado en pucho y en el living dormían un par de personas abrazás medio repugnantes. Supuse que yo había autorizado su pernoctá y que además los incentivé y les juré amistad eterna la noche anterior, así que no quise echarlos pero sí empecé a ordenar el mierdal.

Tengo que desinfectar, pensé.

Entonces, agarré los guantes amarillos, le puse lavalozas y una gota de cloro a la esponja y empecé a lavar la loza y, mientras lavaba, mis pensamientos comenzaron a desaparecer, mi cerebro culposo se puso en pausa y todo se esclareció. Cuando la loza estuvo limpia, los remordimientos habían desaparecido y desde ese día, cada vez que atravieso por depresiones posmaracas, lavo: ahí está el secreto. Ahora vayan y difúndanlo, pecadoras. Ah, y mientras lavo también me tomo una chelita.

Anexo 2

Cómo superar la fiebre uterina

Malas noticias, la fiebre uterina no se supera, se aprende a vivir con ella y la única forma de bajarla un poco y, por un rato, es poniéndose coqueta con un poeta, que le chante la corneta.

Decálogo

La mujer borracha es independiente, paga su trago y, si es necesario, también invita a su cita, porque sabe que a veces es más barato curarlo que conquistarlo.

La mujer borracha no maneja nunca si sabe que va a tomar, eso es de alcohólicos, de hijos de políticos y de algunos futbolistas.

La mujer borracha no queda inconsciente, la mujer borracha se borra como mecanismo estratégico para recordar solo lo esencialmente importante.

La mujer borracha menea la coneja, pero no la saca de la madriguera con cualquiera, porque elige conscientemente; donde pone el ojo, tira la bala.

La mujer borracha es responsable de su cuerpo, tanto así que se encarga de darle guaraca en cada oportunidad que se presenta y que valga la pena.

La mujer borracha no siente ansiedad después de un cita fallida, siente depresión posmaraca.

La mujer borracha no se preocupa de las calorías del trago, porque sabe que mientras más tragos se tome, mayor será el desafío de quemarlos en la cama.

La mujer borracha baila la pirilacha, se pega una cacha, y cuando despierta con el hacha, no se ahuacha, sino que busca darle rienda a su cucaracha.

La mujer borracha puede tomar un solo sorbito y ya está borracha, porque lo importante es vivir el momento, o sea, pasarlo la raja con quien sea y donde sea.

La mujer borracha guarda este Decálogo en la cartera, bolso o bolsillo, porque lo más probable es que en un buen carrete se olvide hasta de su nombre.

1 Ver Anexo 1, «Cómo superar una depresión posmaraca».
2 Ver Anexo 2, «Cómo superar la fiebre uterina».

Edición en formato digital: diciembre de 2015

© Martina Cañas
© 2015, Penguin Random House Grupo Editorial
Merced 280, piso 6, Santiago de Chile.

Diseño de la cubierta: Random House Mondadori, S.A.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del «Copyright», bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ella mediante alquiler o préstamo públicos.

ISBN: 978-956-9646-09-6

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

www.megustaleer.cl